

# La Ilustración Artística

AÑO XX

BARCELONA 7 DE ENERO DE 1901

NÚM. 993

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

## UNA CONFIDENCIA

CUADRO DE CARLOS MARR

¿Cuál de nuestras lectoras no tiene ó por lo menos no ha tenido una amiga íntima, depositaria de sus secretos, de sus temores, de sus esperanzas, de sus penas y de sus alegrías? El corazón humano, el de la mujer sobre todo, necesita comunicar sus sentimientos á otro que con él lata al unísono, y hasta los más grandes egostas, los que quieren permanecer moralmente aislados mientras la felicidad les brinda con sus placeres, se rinden á la ley ineludible cuando el dolor viene á turbar su tranquila existencia.

Esta comunicación de afectos, que nace en los primeros años de la infancia, alcanza su grado máximo en la adolescencia, en esa edad de las ilusiones que, aun siendo la más frívola en

apariciencia, ve planteados y resueltos los más trascendentales problemas de la vida.

Y al hablar de tales problemas, ya se comprenderá que nos referimos en principal término á los que con el amor se relacionan. Cuando el alma de una joven se abre por vez primera á este sentimiento dulcísimo, parece que una fuerza misteriosa é irresistible la impulsa á buscar otra alma como la suya para confiarse á ella; y cuando la encuentra, cosa fácil en ese período en que la experiencia y el desengaño no han comenzado todavía su obra demoledora, y en que todo parece bello y á todos por buenos se reputa, á ella acude en demanda de parabienes, de consejos ó de consuelos, según sean alegres, dudosas ó tristes las impresiones que ha de comunicarle.

Y en esas confidencias de dos almas amigas todo se comenta y se discute, un gesto, una palabra, el párrafo de una epístola amorosa; y de aquellos coloquios, triviales á juicio de las per-

sónas indiferentes, salen á veces resueltas las cuestiones más graves y trazada una línea de conducta que ha de decidir de la suerte de una de aquellas almas.

El notable pintor alemán Carlos Marr nos presenta en el cuadro que al pie de estas líneas reproducimos y que nos ha inspirado las anteriores consideraciones, una de estas confidencias entre dos amigas: una de ellas consulta con la otra el billete que acaba de recibir, y en la actitud y en la expresión de ambas revélase claramente que es difícil el asunto que en aquella entrevista se ha de solucionar. ¿Saldrá de la confidencia la solución deseada? Examinando atentamente las dos figuras del lienzo, se ve que el problema planteado se presta á dudas y por ende á varias interpretaciones; y siendo así, tratándose de un caso dudoso, no es aventurado asegurar que la interpretación definitiva será la que mejor armonice con los deseos de la interesada.



UNA CONFIDENCIA, cuadro de Carlos Marr





**Texto.** — Una confidencia, cuadro de Carlos Marr. — La vida contemporánea. Reyes Magos, por Emilia Pardo Bazán. — D. Melchor y los Reyes Magos, por D. José Echegaray. — La promesa (cuento de la costa andaluza), por Adolfo Luna. — Recuerdos de viaje. La noche en los campos del Transvaal, por Vicente Vera. — Dedal regalado por Kruger a la reina Guillermina de Holanda, por X. — Nuestros grabados. — Miscelánea. — Problema de ajedrez. — China. Usos, costumbres y descripciones geográficas, por E. von Hesse Wartegg. — Industrias artísticas modernas. Las porcelanas de la fábrica real prusiana de Berlín en la Exposición Universal de París de 1900, por R. Graul. — La velocidad de los trenes, por D. B. — Lavanderas en Guadalcanal, cuadro de José Pinelo.

**Grabados.** — Una confidencia, cuadro de Carlos Marr. — Dibujo de J. Triadó que ilustra el artículo titulado D. Melchor y los Reyes Magos. — La promesa, dibujo de Narciso Méndez Bringa. — Rifeño, acuarela de Fernando Cabrera. — Dedal regalado por el presidente Kruger a la reina Guillermina de Holanda, obra de M. Vernon. — En la venta, cuadro de Ricardo Brugada. — Visita de pésame, cuadro de Adolfo Echter. — S. A. R. la princesa de Asturias. — D. Carlos de Borbón, futuro esposo de S. A. R. la princesa de Asturias. — Monumento a Maese Rodrigo de Santaella, obra de Joaquín Bilbao. — China. El hotel de Hong-Kong y el Club de Hong-Kong. — Vista del Peak y de una parte de la ciudad de Hong-Kong. — Tres jarrones y un tintero de porcelana de la fábrica real prusiana de Berlín. — Lavanderas en Guadalcanal, cuadro de José Pinelo. — Venecia. Pescadoras de almejas, cuadro de Rafael Senet.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

### REYES MAGOS

Madrid está muy diferente de sí mismo cuando, como estos días, lo envuelve la neblina y lo moja la lluvia. El cielo gris no encaja en la idea que de Madrid tenemos. Asociamos, en nuestro pensamiento, a Madrid con la claridad de un cielo azul cobalto, con la transparencia cálida y seca del aire y con la alegría de un sol de oro, que ilumina regiamente los edificios y baña las plazas en ondas de luz. Madrid encharcado, lodoso; Madrid semejante a Londres..., lo desconocemos, renegamos de él; y sus calles tortuosas y su adoquinado infernalmente molesto nos parecen todavía menos propios de una gran capital.

\* \*

Los Reyes van a venir, pero ya no se les aguarda con alboroto y estrépito, ni mis paisanos los pobres gallegos laboriosos salen, en la noche del 5 al 6, armados de escalerita y forrado el cuerpo con reiteradas libaciones de aguardiente, a saludar a los Magos, y a buscarse algún garrotazo de los agentes de policía. Era una fiesta vinosa, popular, que, según observaba reiteradamente la prensa, desdecía ya de la cultura y de la civilización — como desdecía el aguador mismo, protagonista de aquella clásica algarada. — Al ser conducida a Madrid la cinta, no siempre cristalina, del Lozoya, los aguadores recibieron golpe mortal. Van prolongando su existencia merced a las turbias del río y a las no menos turbias y contradictorias afirmaciones de la Facultad, que tan pronto señala al bacilo del tifus residencia en el Manzanares ó en los viajes antiguos, como le supone agazapado preferentemente en el légamo que acarrea el Lozoya; pero es una institución acabada; es un oficio que se va; es un modo de vivir que desaparece. Y sería curiosísimo saber por qué razón, entre las demás profesiones y oficios, se distinguían los tertulianos habituales de la Fuente del Berro por su celo en esperar a los Santos Reyes.

\* \*

No menos atractivo para un erudito en materia de orientalismo, escritura é historia antigua, sería dedicarse a investigar el origen de esa fiesta de los Reyes, en torno de la cual se espesan las tinieblas y se condensa la incertidumbre. Poco ó nada se barrunta: el fundamento de la tradición es un texto de los Evangelios, que únicamente habla de magos, no de reyes; y los magos podían ser sacerdotes ó sabios, de esos santones a quienes venera el pueblo por su virtud ó por su conocimiento de lo que hoy se llama *ocultismo* y *teosofía*, ó sencillamente de algunos efectos y fenómenos naturales, que eran, en aquellos tiempos remotos, desconocidos del vulgo y daban al que podía interpretarlos ó predecirlos la misma autoridad que entre los indios dió el anunciado eclipse a Cristóbal Colón. Algo de esta condición científica de los tres

Magos se trasluce por el hecho de seguir a una estrella desconocida. Es posible que Gaspar, Baltasar y Melchor fuesen astrónomos, ó mejor dicho astrólogos, y el rutilante astro nuevo, que brillaba de tan inusitada manera en el firmamento sombrío y aterciopelado del Oriente, les llamaría la atención hasta el extremo de impulsarles a reunir la caravana y a cargar de riquezas y tesoros los camellos y dromedarios, para rendir tributo a la potencia que del cielo acababa de descender a Palestina.

Si yo me decidiese a adoptar un criterio definido en estos asuntos, diría que los Magos no pudieron ser más que sacerdotes. ¿De qué culto? Probablemente del magdeísmo. Lo de sacerdotes no quita a lo de astrónomos, al contrario. Sabemos que la astronomía, en sus comienzos, fué una ciencia sacerdotal. Desde los hierofantes y arúspides griegos, que leían el porvenir en las entrañas de las víctimas, hasta los sacerdotes egipcios y persas, todos se dedican a observar el cielo y a sacar presagios y fórmulas mágicas del curso de los cuerpos celestes. El conocimiento de ciertos secretos que se conservaban y transmitían como tesoro de una clase y de una categoría social, y que no era lícito comunicar sino a ella y aun en sus más elevadas jerarquías, se convertía en instrumento de fuerza y poder. El sacerdote aterraba a la muchedumbre haciendo que sobre el altar cayese el rayo, ó apremiando por medio de conjuros a la luna, a fin de que descendiese sobre la tierra. Los que más se distinguieron en el arte de los sortilegios, encantos y brujerías fueron los egipcios. Extinguido aquel culto eminentemente simbólico; aniquilado el poder de los Faraones; sepultos entre la arena del desierto líbico los monumentos de tanta grandeza y de tanto poder, todavía persiste — ¡hay cosas indestructibles! — la fama de la habilidad egipcia para la magia; y de esta creencia perseverante y tenaz son buena prueba las hazañas de los gitanos y gitanas, sus artes de decir la buena ventura, sus *timos* a los incautos, sus infinitas máculas y roncerías para hacerse pasar por adivinadores del porvenir. Singular persistencia de la tradición, que en países donde ni se sospecha la existencia del viejo Egipto, miles de años después de que los sacerdotes faraónicos celebraron por última vez los ritos de la magia, rodea todavía de una aureola de poder sobrenatural a los descendientes de la raza procedente de las márgenes del Nilo.

\* \*

Sería natural que en este pueblo, en las tribus errantes que en el siglo xv se esparcieron por Europa viniendo de Valaquia y Hungría y que tomaron el nombre de *Zincalos* y de *Sintos* (indianos, que nosotros, guturalizando el sonido, convertimos en *gitanos*) existiese la costumbre de recibir a los Magos, acaso ascendientes suyos, tronco de su árbol. Sacerdotes y gitanos serían quizás los Magos, allá cuando esta raza, degradada hoy, alzaba orgullosa su morena frente. La tradición del color obscuro de uno de los Reyes; el que los expositores hayan representado en ellos a los gentiles (para los hebreos, *egipcio* era sinónimo de *gentil* y *pagano*); el hecho mismo de emprender la caminata con tal facilidad, propia de gente nómada, parece indicar que no va mi suposición enteramente destituida de fundamento. Y tal vez a esta creencia de que los Magos del Evangelio fuesen lo que en la Edad Media se entendía por *bohemos* y *zíngraros*, se deba la indulgencia y bondad que con los bohemos tuvieron los Papas, al otorgarles salvoconducto para peregrinar por la cristiandad toda. Jamás la intolerancia religiosa, tan exacerbada contra los israelitas, se ensañó con los gitanos. Hubo para ellos indulgencia. La Inquisición no se dignó concederles los honores de la hoguera sino cuando alguna vieja zíngara exageraba sus brujerías. Por su misteriosa y secreta fe no fueron perseguidos. Y nótese (en confirmación del supuesto de que eran gitanos los llamados *Reyes Magos*), cómo coincide la inmigración de los gitanos en Europa, con el desarrollo de la magia y de los procesos de hechicería, largamente descritos en la interesante obra de Görres *Mística divina, natural y diabólica*.

\* \*

Volviendo a los Magos, ¿quién les puso la corona?, ¿quién les vistió del regio poder? La misma fuerza que hizo música a Santa Cecilia y caballero andante a San Jorge. El arte.

Los pintores primitivos, esos grandes artistas que no han sido igualados en la representación de asuntos religiosos, al tomar por tema predilecto la Epifanía, se complacieron en revestir a los Magos con las insignias reales, adoptando la hipótesis de San

León, que ignoramos en qué se pudo fundar. A los pintores les agradaba y convenía que los Magos apareciesen revestidos de fastuosos ropajes, de pellizas aforradas de marta y de armiño, bordadas de oro, ó envueltos en caudales mantos de terciopelo que derramaban sus pliegues sobre el piso de tierra y la esparcida paja del pesebre en la cueva de Belén. Coronas de oro recamadas de perlas y de joyeles de toda pedrería; vasos cincelados y filigranados que contienen el oro, la mirra y el incienso; almohadones de estofa magnífica, con gruesos borlones de canales; objetos de lujo y de arte, de los que se usaban en el siglo xv, eran para los pintores de aquella época tan socorridos como son para los de hoy los mobiliarios barrocos que con fruición reproducen en *La Vicaría* y otros cuadros de parecido asunto. Los Magos, convertidos en Reyes, alegraban y enriquecían la humildad del santo establo y la modestia del traje de la Virgen y de San José. Artista hubo que, no contento con vestir de Reyes a los Magos, atavió a la Virgen como a una Berenice ó una Zenobia.

\* \*

Ha ido aclimatándose en España una costumbre francesa propia del día de Reyes: es verdad que no pasa de las clases acomodadas; al pueblo no sé que haya llegado todavía, a pesar de que no son muy caros sus elementos — una torta que cuesta desde una peseta en las confiterías, y unos cuantos granos de te. — Me refiero al famoso *gâteau des Rois*, base hoy de una infinidad de reuñioncillas íntimas de buena sociedad, ó de sociedad mediana — que en la viña del Señor hay de todo.

Esta costumbre, del haba y torta de Reyes, derivada según opiniones del paganismo, es en Francia inmemorial. Los monarcas elegían por *rey*, en tal ocasión, a un niño pobre y designado por la suerte del haba; le recogían, le adoptaban, le daban enseñanza y pan, le ponían al abrigo de la miseria para toda su vida, y en suma le hacían feliz. La solemnidad de los Reyes (que en esto revelaba su origen enlazado con las saturnales) aparecía consagrada a Baco, igual que las Carnestolendas. Nada tiene de extraño, pues, que los aguadores, al salir a esperar a los Magos con antorchas, realizasen una verdadera y groserísima saturnal.

\* \*

Hoy el festejo orgiástico se ha convertido en inocente regocijo de familia, en mansa ceremonia de salón, y el *haba*, emblema de *Febus* ó reminiscencia lejana de la adoración de los egipcios y los pitagóricos a la nutritiva leguminosa, en figurilla ó amuleto de porcelana, que no puede hacer más daño serio que romper una muela a quien se atropelle al mascar.

Las tortas son dos. Pártense en varios pedazos, más ó menos grandes; una de las tortas se destina a las señoritas casaderas, otra a los señoritos solteros. El señorito que se encuentra el haba — la cual a veces no es *haba*, sino *chiquillo*, un nene de porcelana que puede simbolizar el amor ó cosas todavía más atrevidas, — ese tiene que ofrecer a la señorita correspondientemente agraciada un obsequio cualquiera: caja de dulces, ramillete de flores, saco de seda para abanico y gemelos, *bibelot* de *biscuit*, uno de esos objetos fútiles é inútiles, pero encantadores, con que sueñan las muchachas. A veces, de este azar sale algo serio y definitivo, amoríos ó bodas...

\* \*

Para los niños también es señalado el día de Reyes. Dejen ó no los zapatitos en la chimenea, los papás babosos suelen depositar, furtivamente y aprovechando el sueño de sus vástagos, un cargamento de juguetes sobre la cama. Al despertar, las criaturas piensan seguir soñando. Allí tienen al conejito de móviles orejas, que golpea un dorado tambor; al polichinela de traje de raso verde y rojo; a la muñeca de grandes ojos azules y rizosa cabellera dorada; al llorón bebé de gordos carrillos; al ejército de soldados de plomo, correctos y envarados en su uniforme de colores; a todas esas parodias de la vida que en la tierna fantasía del niño sustituyen a la vida real, y que le causan profundas alegrías y tempranos dolores, demostrados por las abundantes lágrimas... Felices ellos si pudiesen seguir siempre consagrando el pensamiento a la muñeca y al bebé. Vendrán la esposa, los hijos, la vida de carne y hueso, con mayor conciencia de sí propia..., y el hombre hecho se acordará con nostalgia de cuando le traían los Santos Reyes unas glorias y unas penas de cinc y de cartón.

EMILIA PARDO BAZÁN.



DON MELCHOR Y LOS REYES MAGOS, POR D. JOSÉ ECHEGARAY

Las breves líneas que vamos á escribir, *no son*, porque todavía no están escritas, pero tampoco *serán* cuando las escribamos, ni un drama, ni un cuento, ni una leyenda, ni una historia.

En rigor, no hay en toda la nomenclatura literaria un nombre que les cuadre: verdad es que tampoco lo han de merecer.

El lugar de la acción es un conjunto de casas, que no puede decirse que forman ni una aldea, ni una villa, ni una ciudad.

Son unas cuantas viviendas resguardadas en la quebrada de un monte y apoyadas en una de las laderas.

Las cerca un río, aunque este nombre sea sobradamente ambicioso. A río no llega, pero es más que arroyo.

El sitio por lo demás es agreste y pintoresco. Las casas son más que chozas, pero no tienen más que un piso; están pintadas de blanco, cubiertas de tejas y en cada techumbre hay su correspondiente chimenea.

En el rigor del invierno, cuando la quebrada del monte está cubierta de nieve y cuando están cubiertos de nieve los tejados, desde la ladera opuesta un observador confundiría la blancura de las casas con la blancura de la nevada superficie, y no divisaría el poblado á no ser por el humo de las chimeneas y por una torrecilla, que es la de una pequeña iglesia, la cual más que iglesia parece ermita, por lo diminuta.

Los personajes principales son: D. Melchor y dos niños, Perico y Luisito.

El coro por allí alrededor andará, ó trabajando en el campo ó atizando el fuego en la cocina, ó cruzando de una á otra calleja; porque el poblado, callejas tiene, aunque no tenga calles.

El momento de la acción — si es que hay acción, que momento y aun momentos debe haberlos — es desde fines de diciembre hasta el día de Reyes.

D. Melchor debió ser en su tiempo caballero: hoy es casi campesino. Nació en el poblado, se fué por el mundo, y ya casi viejo volvió á la modesta casa de su nacimiento, acompañado de un niño, que sería su hijo ó sería su nieto, para el cual trajo un Nacimiento precioso con magníficos montes

de corcho, fuentes y ríos de cristal, pastores y pastoras de gran tamaño; y por de contado el Niño Dios, San José y la Virgen, la mula y el buey y los tres Reyes Magos con sus respectivos acompañamientos.

A los dos años de llegar se le murió el niño y se quedó solo. La cara muy pálida, el pelo muy blanco y cayéndole á mechones, como nieve que se derrite, el traje de luto perpetuo y la tristeza perpetua: así era. Únicamente cuando veía algún niño, entre sus labios pálidos se dibujaba algo así como una sonrisa.

Cuando llegaban las Navidades armaba su Nacimiento en una gran sala; abría las puertas para que entrasen todos los chicos del poblado; y él, sentado en un ancho sillón de vaqueta, les veía pasar, les oía reír, y de cuando en cuando, con un gran pañuelo de hierbas, se secaba los ojos: con la edad y las tristezas, los ojos se enternecen.

Como se llamaba Melchor, le llamaban en el pueblo el Rey Mago: el mejor de los Reyes Magos, porque tenían averiguado aquellas gentes que Gaspar era áspero y Baltasar colérico, pero que Melchor era de blanda condición.

El segundo personaje, es decir, Luisito, era hijo de una familia relativamente rica. No era malo, pero sí caprichoso, porque todos le mimaban mucho.

El tercer personaje, el más humilde, el más diminuto, era Perico.

¿Y quién era Perico? No es fácil averiguarlo.

Pregunte usted en primavera á un pajarillo que revolotea por entre las ramas de un cerezo quién es, cómo se llama, de dónde viene, quiénes fueron sus padres y á qué vino al mundo.

Pues tan difícilmente contestaría Perico á estas preguntas, como pudiera contestar el pajarillo.

Realmente, á una de ellas contestaría Perico, diciendo que Perico era su nombre; pero alguna diferencia ha de haber entre un ser humano y un pájaro.

Por lo demás, como el pájaro, revoloteaba Perico por entre las ramas de los árboles frutales. Se alimentaba de frutas cuando las había, y cuando no, de los desperdicios y sobras de todas partes.

Bebía del agua de las fuentes y dormía en verano al aire libre: todo terruño era colchón, verde sábana

Los dos chiquillos en pie, reconcentrando toda su atención sobre los tres Reyes Magos, y D. Melchor sentado en su sillón de vaqueta y fijando sus ojos tristes y húmedos en los dos chiquillos: así los encontramos ahora.

Luisito decía: — Mira, esos tres son los Reyes Magos; hay que encargarles que no falten; la noche de Reyes pondré mis zapatos á la ventana y á ver de qué me los lle- nan. ¿Y tú vas á poner tus zapatos también?

— Es que yo no tengo ventana, dijo Perico; pero los pondré en la entrada del socavón, por la parte de fuera. Aunque sé que no han de ponerme nada; porque como soy pobre, ¡qué han de ponerme á mí!

Y una nota de tristeza apuntó, por primera vez en su vida, en la voz de Perico.

— Es verdad, dijo Luisito; ¡pero quién sabe! Encárgaselo á Melchor, que ese dicen que es bueno.

— Por encargarlo no ha de quedar, replicó Perico.

Y acercando el dedo á la figura de barro de Melchor, le dijo con tono humilde:

— Oye, si quieres, ponme algo la noche de Reyes.

Luisito le apretó el brazo y en voz muy baja le avisó que D. Melchor estaba mirando y que no le gustaba que tocasen á las figuras del Nacimiento.

Perico retiró el dedo, se agarró á Luisito y con él salió corriendo y diciendo entre risas y miedos:

— Me ha visto sí, sí; me ha visto D. Melchor tocar al Melchor de barro.

D. Melchor entretanto se secaba los ojos con el pañuelo de hierbas.

Pasaron días, todos los de Navidad, alegres para los chicos del pueblo y alegres también para Perico, que siempre tenía la risa en los labios aunque tiritase de frío y se muriese de hambre. Cuando oía reír, reía, y cuando estaba solo reía también. Dijérase que le re- tozaban en el cuerpo un manojo de primaveras y todos los pájaros del aire.

Pero iba á llegar la noche de Reyes y era grande la emoción de Luisito y de Perico.

¿Se acordarían de ellos los Reyes Magos?

De Luisito se habían acordado siempre; de Perico nunca; ¿quién sabe?, acaso este año se acordarían. El muchacho con todo ahinco se lo había encargado á

Melchor, y casi le había tirado de la capa de barro.

Llegó la noche deseada. Luisito se fué á acostar entre sábanas limpias y sahumadas después de haber puesto sus dos zapatos en la ventana. ¡Cuántas cosas soñó aquella noche! ¡Cuántas veces vió pasar á los Reyes Magos por la calleja con sus dromedarios y sus negrazos.

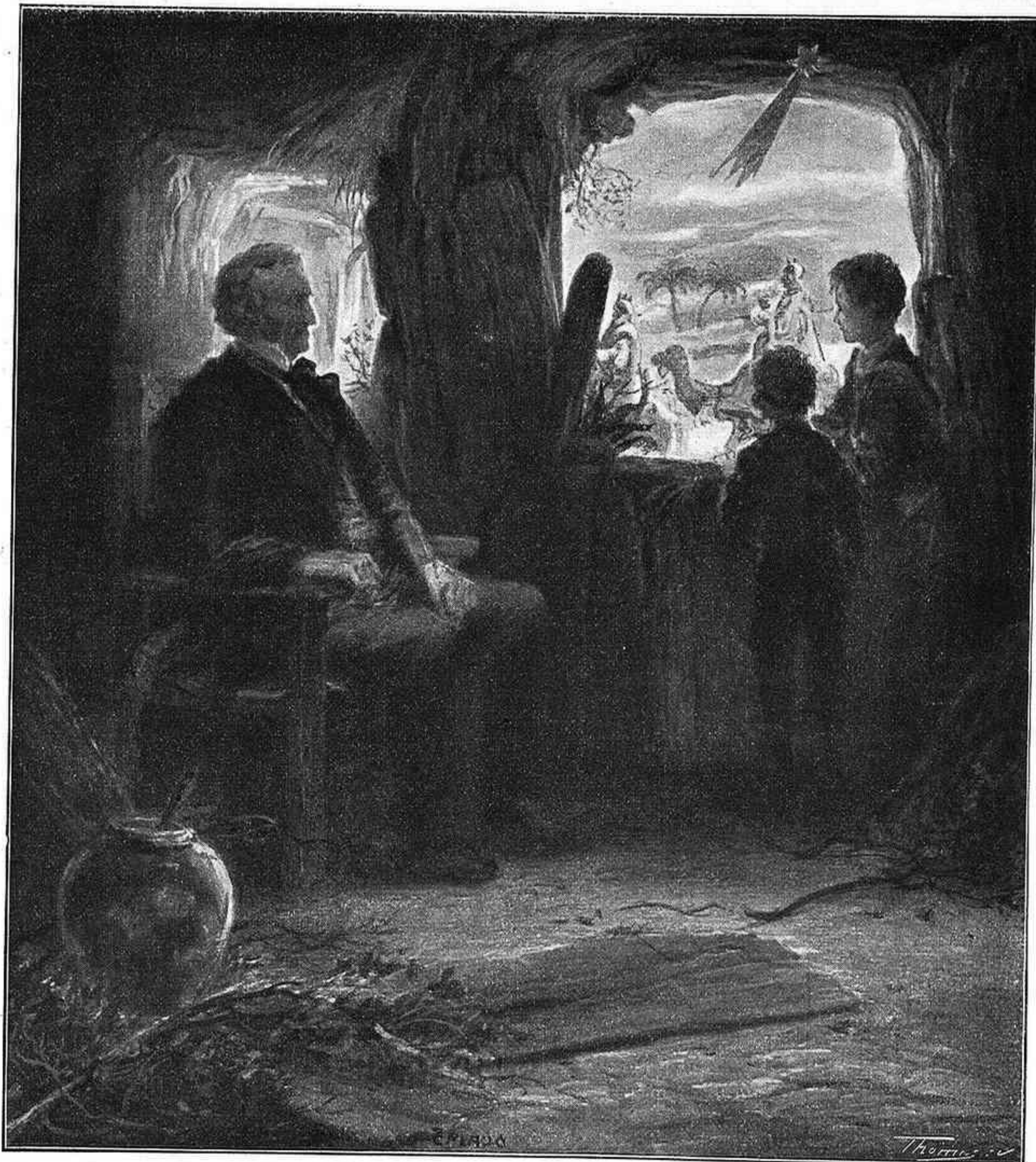
Perico, al anochecer, se fué á su socavón con una manta vieja que le habían dado los padres de Luisito como regalo de Navidad.

Al llegar á su cueva se quitó los zapatos, viejos, pero fuertes, regalo de otro amiguito; pero le asaltó una duda.

¿Pondría los dos fuera de la cueva? ¿Era mucha ambición! Los Reyes Magos podrían incomodarse. Que Luisito pusiera sus dos zapatos estaba bien, porque era un señorito; pero que el pobre Perico hiciera que le llenasen de dulces sus dos zapatones, tan viejos, tan toscos, tan feos, tan manchados por dentro de sudor y por fuera de barro, era un verdadero desacato hecho á la faz del cielo á aquellos grandes señores de la corona y del dromedario.

Con un zapato bastaba, y gracias si le echaban un puñado de caramelos.

Conque puso un zapato por la parte de fuera del socavón, y en el rincón más obscuro se acurrucó en



D. Melchor sentado en su sillón de vaqueta y fijando sus ojos tristes y húmedos en los dos chiquillos

de seda toda hierba y almohada cualquier pedrusco. En invierno, en tiempo de lluvias, nevadas y ventiscas, el socavón de una roca le prestaba abrigo.

Con todo esto se criaba robusto, porque la naturaleza le había planteado este dilema: «ó te mueres ó te haces fuerte;» y él quiso vivir, y se fortaleció á maravilla.

Por lo demás, siempre estaba alegre. Cuando sudaba en verano, reía recogiendo el sudor con las dos manitas y sacudiéndolo en el aire.

Cuando hacía mucho frío, allá en diciembre y enero, el tiritar le ayudaba para reír; y sacándose de entre el pelo copos de nieve, los deshacía entre los dedos como si jugase con polvo de diamante.

¡Qué alegría le daba el calor! ¡Qué alegría le daba el frío!

Es que la Naturaleza y él siempre eran jóvenes, y los niños se entienden fácilmente unos con otros. Algunas veces riñen, pero casi siempre juegan.

También jugaba todos los días con Luisito; porque la Naturaleza y la niñez nivelan todas las condiciones sociales.

Conque Perico y Luisito, cuando llegó la Navidad y D. Melchor abrió al público su Nacimiento, fueron juntos y cogidos de la mano á gozar de aquel espectáculo sorprendente.



vuelto en su manta, que le supo á gloria. Jamás había tenido tan buen abrigo. Y se rió de gusto acariciándose los dedos de los desnudos pies.

Pronto se durmió, pero no con sueño muy profundo, que también soñaba con los Reyes Magos como soñaba Luisito.

Allá á la media noche creyó oír las pisadas de un caballo; y aunque la obscuridad era bastante profunda, le pareció que un jinete llegaba á la boca del socavón, que en ella se detenía y que echaba pie á tierra.

Debía ser uno de los Reyes Magos.

Pero venía sin pompa; sin dromedarios ni negros. Ni traía corona ni capa de colores; todo él era una sombra.

La verdad es que Perico no merecía más. Sin duda para él se habían puesto los Reyes la ropa más vieja.

Aquella visión ó aquella realidad pasó bien pronto y Perico durmió profundamente el resto de la noche.

Ya muy entrado el día, una gran claridad le despertó: había nevado, y los reflejos de la luz sobre la nieve iluminaban el socavón.

Salió Perico y encontró su zapato lleno de nieve que, como había helado después de la nevada, era como una horma de cristal.

Vamos, aquella nieve era, por lo visto, el regalo de Melchor, pensó el chiquillo.

Con cierta tristeza, pero con cierto respeto, cogió Perico su zapato sin atreverse á sacudirlo; y con él bajo del brazo, con un pie calzado y el otro desnudo, se fué cojeando á ver á Luisito.

Aquel desequilibrio entre sus dos pies que le hacía cojear, le hacía reír; y al mirar el zapato que llevaba bajo del brazo con el mazacote de hielo convertido en cristal, aún se reía más.

¡Bien se había portado Melchor! ¡Buena broma le había dado el viejo monarca!

Cuando llegó á casa de Luisito, encontró á don Melchor junto al hogar y enfrente á Luisito, atracándose de dulces, porque de dulces aparecieron llenos sus dos zapatos.

— ¿Qué te han puesto los Reyes Magos?, le preguntó su amigo con la boca llena de yemas.

— Esto, dijo Perico enseñando el zapato con la nieve cuajada dentro.

Luisito se echó á reír; por poco se ahoga. Perico le acompañó en la risa, según costumbre.

— Pon el zapato junto al fuego, le dijo D. Melchor, para que la nieve se derrita y puedas calzarte.

Y el muchacho obedeció. Acercó el zapato á las llamas, se sentó en el suelo y se quedó mirando fijamente aquel cristal, que poco á poco se convertía en agua, mientras revolvió en la boca la última yema acaramelada que, por ser la última, se la cedió Luisito.

Y el fuego chisporrotea, y el calor se extiende, y la nieve se derrite, y el zapato se rezuma, y D. Melchor, Perico y Luisito tienen la vista fija en aquel zapato convertido en puchero.

Y los padres de Luisito, que han entrado, miran también por encima de los chicos el curioso experimento. Perico con misteriosa atracción; fija la vista en el fondo del zapato, que ya comienza á dibujarse bajo la última capa de agua. D. Melchor, con maliciosa sonrisa. Luisito, con agitación dolorosa, porque las yemas se le han indigestado.

Al fin se ve el fondo del zapato.

¿Pero qué es aquello que está pegado al fondo?

Es una cosa redonda, brillante, dorada.

Si no fuera el zapato de Perico, se diría que era una moneda de oro.

Y al fin el muchacho lo dice, y la saca triunfante, y se pone en pie, y salta de gozo, y la presenta al reflejo de las llamas para ver cómo brilla.

— ¡Bien se ha portado Melchor! ¡Bien se ha portado Melchor!, grita Perico.

Luisito quisiera también reír y saltar; pero siente horribles retortijones.

Y al fin D. Melchor le dice á Perico:

— Ya que Melchor, el Rey Mago, se ha portado tan bien contigo, yo, por llamarme Melchor, quiero hacer algo también por tí. Desde hoy mismo vendrás á vivir conmigo; no dormirás á la intemperie; no dormirás en el socavón; te enseñaré á leer y á escribir, y te enseñaré — entre otras cosas — que los dulces de la riqueza á veces suelen indigestarse; y que bajo las apariencias de la miseria y bajo la nieve derretida se encuentran moneditas de oro verdadero. En fin, Perico, que el año que viene pondrás tus zapatos en mi ventana, y para llenarlos de cosas ricas, no tendrá que ir Melchor, sufriendo lluvia y frío, á la boca de tu cueva.

(Dibujo de J. Triadó.)

## LA PROMESA

(CUENTO DE LA COSTA ANDALUZA)

En la aldea pesquera, humilde y blanca; en aquel hacinamiento de casitas pobres, desparramadas sobre la duna de arena roja, en cuyo punto más alto se erguía la torre larga y aguda de la iglesia, sabía ya todo el mundo la terrible promesa que había hecho *Zarapico*.

Antes de seguir, dediquemos breves líneas al escenario del drama y á los personajes del mismo.

El pueblo que describo es auténtico; frecuente en las costas ardientes de Andalucía. Se trata de un montón de muros bajos y blancos, con la brillante irradiación de las salinas gaditanas; á espaldas del pueblo, por toda vía de comunicación con el resto del mundo, un escabroso caminejo á través de los áridos zarzales verdirrojos, poblado por el fuerte y reseco hierbajo de la marisma.

Delante de la aldea la playa curva y morena, abierta en media luna, como si el tumbo y retumbo de las olas del Atlántico, libres y soberbias, la mordieran constantemente.

Y habitando este pueblo, á modo de nido de gaviotas, una población ruda, paciente, humilde; de fe entusiasta en la Virgen patrona, en la salvadora de las barcas pobres, mil veces aventuradas en pos de la pesca, con riesgo de la vida de sus heroicos tripulantes.

En suma, una población de pescadores familiarizados con la fatiga y con las olas; anchos y fuertes de pecho, recios de musculatura, rojos de cara, pensativos y silenciosos, como lo es siempre la gente de mar, y creyentes, supersticiosos, apasionados de la Virgen aquella que desde su santuario elevado en la roca tendía su sonrisa de paz, sus manos protectoras y su manto de estrellas sobre el oleaje rabioso de las rompientes.

Yo he visto el santuario de esta Virgen, protectora del mar; las blancas paredes de su ermita están llenas, rebosantes, de exvotos, de *milagros*, de trágicas ofrendas. Y he seguido con interés profundo aquella explosión de fe, sincera y ruda; y he visto en ella la terrible historia de aquel pobre pueblo olvidado y heroico.

He visto en aquellas paredes remos rotos, antenas destrozadas, velas hechas trizas por los zarpazos trágicos de la borrasca; he visto colgadas en aquellos muros prendas que han llenado de lágrimas mis ojos; el traje de novia, ofrendado en un momento de espera trágica; las trenzas hermosas de una cabellera bien amada, ofrecidas en un día tempestuoso; cuadritos al óleo, hechos por ruda y gráfica mano, en los que sobre la aterradora furia de las olas flotaba la Virgen del Mar, sonriente y buena, envuelta en un nimbo de luz celeste... ¡Qué trágica, qué hermosa la historia de ese humilde pueblo, escrita en las blancas paredes de su ermita!

\* \*

¡Aquella tarde se moría la novia de *Zarapico*!

Nada, no tenía remedio, había de ser aquella tarde; la *bruja del mar* (1) acababa de extender en el horizonte su *velo de muerte* en forma de nubes negruzcas y sucias como telarañas; detrás de aquellas nubes el sol se ocultaba con palidez de cirio; las primeras estrellas brillaban allá tristemente como lucecitas de un ataúd; en la playa desierta reinaba un silencio lúgubre; el mar respiraba apenas, festoneándola de espuma blanca, con un leve rumor de sollozo.

En el altillo de la playa estaba la casita de Milagros, la novia de *Zarapico*: ¡las comadres lo sabían muy bien, moría aquella tarde; no había más que ver el *velo de la bruja*! Pero, por si no bastase, allí estaba la pobre niña, tendida en el camastro, con el rostro blanco como un lirio, las sienas exangües, surcadas por venas de un rojo oscuro, la frente caldeada por la calentura, los ojos hundidos en dos manchas oscuras y por la entreabierta boquita el estertor fatigoso, angustioso, desesperado, como si aquella pobre vida tuviera ganas de acabar, de descansar para siempre.

En el altillo arenoso de la playa estaba la casita donde se moría Milagros; y en medio de la playa, envuelto en la triste luz crepuscular, estaba sentado *Zarapico*, como se sientan los pescadores; las rodillas muy altas, en las rodillas los codos y apretándose la cara con las manos callosas y rudas.

¡Sí; se moría su novia aquella tarde! ¡En torno suyo lo decía todo! ¡De nada habían servido sus fatigas de enamorado; de nada aquella casita remota,

(1) Superstición muy extendida entre los pescadores andaluces.

que él labró piedra á piedra, amasando pacientemente la arena granítica de la duna! ¡De nada aquel traje de novia, que le costó once duros, casi diez meses de labor sin tregua! ¡De nada tampoco aquella barca nueva, ya suya, que le costó tres años de fatigas terribles!

Para ella lo hizo todo, ¡y ahora se le moría! Había bautizado á su barca con el nombre de ella, *Milagros*, en un rótulo blanco y risueño, que resaltaba vivamente sobre el negro alquitrán de la borda...

Aún recordaba la alegre ceremonia del bautizo: ella, su Milagros, sentada en el pañol de popa, con su trajecillo de gala, con un ramo de rosas dobles entre las manos; muy recogida, muy seria, rezando bajito y apresuradamente; la vieja parentela, los rudos pescadores canosos, sentados á lo largo de las bordas, cubierto el pecho por las blusas azules y almidonadas del domingo, cruzadas las manos sobre las piernas y colgando de la rodilla el ancho sombrero de palma; él, *Zarapico*, el joven dueño, de pie sobre la proa, á ras del escobén, orgulloso, henchido de júbilo, izando con sus brazos de bronce el largo gallardete color de cielo; y en medio de todos, el viejo sacerdote, de pie sobre las *panas*, leyendo su librito, rociando con agua bendita aquella barca joven y gallarda que el mar mecía, y en cuya vela blanca y nueva jugueteaba alegremente el aire marino.

Y ahora ¡se moría Milagros, se moría la dicha; agonizaba la esperanza, soñada tanto tiempo!

\* \*

El rudo espíritu de abnegación y de sacrificio, tan proverbial en aquella tierra, le hizo levantarse de un salto: ¿cómo no se le había ocurrido antes? ¡La Virgen del Mar, la milagrosa Virgen, enhiesta en la roca, era la única que podía salvar á la niña agonizante!

Corrió con sus pies descalzos sobre la playa, subió la senda escabrosa de la duna y cayó de rodillas al pie del altar de aquella imagen sonriente que, con su niño en brazos, aún extendía sus manos blancas y amables, como si tratara de aquietar las olas.

— ¡Virgen, Virgen mía, que se ponga buena, y te prometo que en la primera borrasca me salgo solo en mi barca nueva, en mi barca *Milagros*, y á la hora más dura de la noche me tiro á diez millas *mar fuera* y vengo nadando sobre las rompientes y beso la roca de tu ermita!

\* \*

La terrible promesa se supo.

En aquella tierra el pueblo todo toma parte en las alegrías, en las tristezas, en los dramas íntimos.

El hecho es que Milagros salvó, quién sabe cómo. El médico defendió bizarramente su ciencia; la fiebre había cedido por la química... Pero las comadres se encogieron de hombros: ¡la botica; buena estaba ella para matar cristianos! ¡La Virgen del Mar y la promesa de *Zarapico* habían hecho el milagro; que si no!..

Y todo el mundo esperaba la borrasca, en la cual *Zarapico* había de cumplir su promesa trágica, de vida ó muerte.

Los viejos patronos esperaban el tiempo borrascoso para la vencida de noviembre, cuando el mar se pone negruzco y las gaviotas vuelan muy altas, como si huyeran de los rabiosos latigazos del oleaje. Y daban lecciones al muchacho, que esperaba pacientemente la hora de emprender aquel viaje de sacrificio espantoso.

— Tú no te aturdas; cuando llegue la primera borrasca, que será en la luna que entra, reza un Ave María y embárcate; la barca *Milagros* es buena, puedes enfilarse en la canalilla de la rompiente y que te pase la resaca por el escobén sin anegarte. Ya mar adentro, tírate á la ventura y que la Virgen te proteja.

\* \*

Y llegó, por fin, el tiempo de tempestad.

Aquel día, al caer la tarde, el sordo rebramar de las olas en la barra llegaba hasta el pueblo como un rugido de amenaza; el viento huracanado atronaba la duna y hacía crujir tristemente las puertas de las casitas blancas.

Media aldea bajó á la playa; Milagros llorosa, con el rostro consternado y blanco, como en aquella tarde de su agonía; los viejos pescadores pensativos, refraneros, confiados en Dios; *Zarapico* alegre, heroico, arrogante.

Saltó á su barca; remó, adelantando mucho aquel pecho atlético; soltó la escota, y saludando con la gorrilla al concurso que le despedía bendiciéndole y llorando, se lanzó como una flecha en aquel mar tempestuoso y negro, que pareció recibirle con un rugido de complacencia feroz.





LA PROMESA, dibujo de Narciso Méndez Bringa (Véase el artículo de Adolfo Luna)



Arrastrado por el vendaval, ya muy lejos del pueblo, *el mar se lo comía* (son palabras suyas). El mar rugía, desgarrándose en un fondo de roca; el oleaje saltaba sobre su cabeza... Era de noche, la hora más dura; era el tiempo de exponerse pecho á pecho á los furiosos embates del mar y cumplir su promesa...

Saltó la escota, pensó en la Virgen y se arrojó al agua...

El mismo *Zarapico*, que me ha contado su terrible odisea de aquella noche, ignora cómo se pudo salvar; mil veces su pobre cuerpo fatigado vagó arrastrado por olas gigantes, que se retorcián con bramidos de rabia; mil veces cayó en profundos abismos, aplastado por el desplome de aquellas montañas furiosas. ¿Cuánto tiempo pasó así? Él no lo sabe; loco ya, perdido, dispuesto á dejarse arrastrar, vió de repente una lucecita remota... La noche era cerrada y negra; no era, pues, aquello una estrella, era una señal; pero ¿de quién?, ¿quién se acordaba en tierra de aquel naufrago? ¡Tal vez ella, la patrona, la Virgen, iluminaba su derrotero con un faro imprevisto!

Reunió entonces todas sus fuerzas y nadó hacia aquella lucecita lejana: ¡qué fatiga, qué angustia; era preciso llegar, y ahora le faltaban las fuerzas!

En esta última etapa de su promesa agotó todas sus energías... Al fin, con los ojos desenchajados, con los labios blancos, con las uñas sangrientas, trepó sobre la playa, azotado aún por los últimos zarpazos de la resaca... Cayó exánime, desmayado, y antes de cerrar los ojos rendidos, vió al lado suyo una figura esbelta; era Milagros, que con los morenos brazos desnudos en alto, sostenía en sus manos una cazoleta de alquitrán, sobre la que se agitaba una llama viva: ¡aquél era el faro!

\* \* \*

Hoy, delante de la casita blanca que labró *Zarapico*, sobre la arena color de oro, juegan dos hermosos niños morenos y desnudos.

Y adentro, al pie de una litografía representando á la Virgen patrona, atada por una cinta de raso celeste, cuelga la cazoleta de alquitrán que sirvió de faro la noche de la terrible promesa.

ADOLFO LUNA.

## RECUERDOS DE VIAJE

### LA NOCHE EN LOS CAMPOS DEL TRANSVAAL

Solemnidad augusta. Arriba el cielo límpido, sereno, de brillantísimo azul, con millares y millares de estrellas que relucen más que en ningún otro firmamento; abajo el suelo, extendiéndose en dilatados horizontes, onduladas llanuras cubiertas de alta hierba que al soplo del viento se mece; y el espacio entero lleno de mil vagos rumores, signo de la vida que alienta en la pradera.

Sobre estos rumores, y como por contraste, la sensación de un silencio inmenso, imponente, y el aislamiento del hombre frente á frente de la naturaleza entera.

Revoloteando entre las zarzas, salta la langosta africana, desplegando á cortos intervalos al aire sus alas con fosforescencia violácea; los *nachtaapies*, curiosos animales, mezcla de mono, de ratón y de murciélago, juegan y triscan por parejas, extendiendo, al brincar de acacia en acacia, las peludas membranas que les sirven de alas; arrástrase junto á los gigantes hormigueros el *Dios de los hotentotes*, rarísimo ortóptero, feroz y sanguinario, que al encontrarse con sus semejantes suele entablar temibles peleas, recreo de los cafres; bullen y zumban por los aires otros mil insectos, unos notables por sus élitros relucientes, otros por su penetrante y peculiar zumbido, algunos por sus molestas picaduras; y allá á lo lejos, brillando en la semiobscuridad de la noche, se

distinguen los ojos fosforescentes del gato de las praderas, inspeccionando con descaro al hombre intruso, ó atisbando al pájaro dormido que le haya de servir de presa.

Canta la cigarra en las mimosas; millones de grillos lanzan por todas partes su monótono y vibrante son.

De cuando en cuando se escucha á lo lejos un graznido del *Great paanu*, especie de avutarda nocturna, y como haciendo eco, cerca de las *dongas*

mostrado en los movimientos de su cola. Los otros canes, en lugar de reñir con el afortunado, no hacen sino aproximarse más, por si para ellos hay también delicias semejantes. No hay animal más dócil y más manso que estos perros africanos semisilvestres.

\* \* \*

Al acercarse la media noche, muchos de los rumores de la pradera van cesando. El frío se hace intenso, como que la temperatura que pasó de 25° centígrados á la sombra, descendiendo bajo cero antes de llegar la madrugada.

En el *laager* todos descansan, salvo el que por turno vigila y los criados cafres, medio dormidos, que de cuando en cuando atizan las hogueras.

El aire se hace más transparente, el firmamento más luminoso. Alzando la vista allá á lo alto, el europeo se encuentra sorprendido y desorientado.

El cielo africano presenta aún más diferencias que la tierra, si con el del hemisferio Norte se compara.

Bajo el trópico de Capricornio brillan las estrellas con tal fulgor, que algunas alumbran como verdaderas lunas. Los grupos estelares son distintos. No se encuentran ni la *Estrella Polar*, ni la *Bocina* (Osa menor), ni el *Cano* (Osa mayor), ni las *Pléyades* y tantas otras estrellas y constelaciones familiares al habitante del Norte; en cambio se distinguen el *Cinto de Orión*, el *Centaurio*, *Cetus* y brillando augusta, casi en el cenit, la magnífica *Cruz del Sur*, que orienta al morador de estas praderas.

Antes que por Oriente el brillo de las estrellas se amortigüe y cuando apenas se vislumbra tenuísima claridad precursora del nuevo día, la población nocturna de los campos se recoge; hay un período de descanso, y la naturaleza duerme esperando á que la otra población, la que con la luz del sol despierta, empiece á rebullirse y á dar señales de vida.

Leves gorjeos del pajarillo que durmió en la acacia; agudos gritos del babuino, escondido en los campos de maíz silvestre; algún graznido de las aves acuáticas que á la vera de las charcas viven, anuncian el despuntar del alba, y al par que el cielo por el Oriente se colora, el caballo se despereza y relincha, las moscas reviven y atormentan, centenares de aves cruzan por los aires y sobre todas se cierne el *aasvogel* ó buitre del Transvaal.

Empiezan á moverse los habitantes de los *kraals* vecinos, y á poco tiempo grupos de cafres, saltando entre la maleza, descienden hacia el *laager*, ofreciendo leche, y tratando de vender á todo trance azagayas, pieles preparadas, rústicas pipas de madera y otra porción de chucherías que ellos fabrican.

En esto un pajarillo revolotea y pía sobre el campo. No huye del hombre, antes bien parece buscarlo. Va y vuelve, siempre lanzando una suave é insinuante nota y como tratando de atraer la atención del viajero.

Es el *pájaro de la miel*, avecilla dotada de admirable instinto para descubrir dónde las sagaces abejas ocultan sus panales, pero que carece de fuerza para remover las rocas ó los troncos que los esconden. Busca por eso la ayuda del hombre, al que mira como aliado y no como enemigo, y llama su atención hasta guiarle al sitio donde está la golosina.

Cuando el viajero se decide á poner al descubierto la aromática miel de las praderas y las industriosas abejas huyen ante la invasión y el destrozo, el pajarillo revolotea alborozado, pues algo le tocará del festín que ambiciona, y cambia su primitiva nota suave é insinuante por un canto abierto y regocijado, como diciendo al hombre: ¡muchas gracias!

VICENTE VERA.



RIFEÑO, acuarela de Fernando Cabrera

y las charcas, lanza su *knorr, knorr*, grito estridente y melancólico, el *knorr haam*, ave extraña y medrosa, mezcla de perdiz y pato salvaje.

Algunas veces se une á este concierto el mugido del búfalo, despierto en su descanso por algún vecino molesto, ó porque su instinto le delata la proximidad de algún felino, y en otros tiempos no era extraño el rugido del león, ahora refugiado en las selvas de la cuenca del Limpopo, y entonces merodeando en derredor de las de los *kraals* de los cafres y de los *laagers* de los boers.

Brillan en las laderas de las colinas lejanas las hogueras que los negros del país encienden alrededor de sus aldeas, salpicadas por todos los campos del Transvaal, y donde viven los que aún no han abandonado su vida agreste y primitiva, ó donde se refugian por la noche, después de su labor cotidiana, muchos de los que en los poblados trabajan por los blancos.

A la husma de la cena del boer errante ó del viajero que pernocta en estos campos, bajan desde los *kraals* verdaderas manadas de perros cafres; saltan y triscan alrededor de los hombres blancos, pero sin ladrar y sin morderse. Cuando una mano compasiva alarga un hueso ó acaricia al más cercano, es de ver la felicidad retratada en sus ojos y el agradecimiento



DEDAL REGALADO POR KRUGER.

Á LA REINA GUILLERMINA DE HOLANDA

La joven y bella soberana de los Países Bajos, la bondadosa Guillermina de Holanda, va á contraer

Estado de un pueblo tan sencillo como el transvaalense, sino impulsado por la gratitud que siente hacia la regia doncella de su misma raza, que en las horas más amargas de su larga vida no ha tenido para él sino palabras de cariño y de consuelo, y que al verle abandonado de todos los poderosos de la tierra, puso

por aquéllos enviadas á la reina de Holanda. Pero con ser menos rico el presente, tiene una significación moral que le da un valor inmenso; es un símbolo del trabajo y de la paz, fuentes de prosperidad de los pueblos, y un emblema de las virtudes domésticas, que son las mejores prendas que pueden ador-



DEDAL REGALADO POR EL PRESIDENTE KRUGER Á LA REINA GUILLERMINA DE HOLANDA, obra de M. Vernon

en breve matrimonio con el duque Enrique de Mecklenburgo-Schwerin, á quien entrega su corazón y su mano sin que en su matrimonio intervenga para nada la razón de Estado.

Con motivo de su próxima boda, ha recibido la graciosa reina multitud de regalos de los monarcas de los distintos países, regalos consistentes en su mayor parte en ricas joyas y presentes valiosísimos. El presidente Kruger ha querido también aportar el suyo á la canastilla de Guillermina, no por seguir unas leyes de etiqueta que no rezan con el jefe de

á su disposición el buque de guerra que le ha traído á Europa y le ofreció generosa hospitalidad en sus dominios, impulsada por sus nobles sentimientos y despreciando el peligro á que se exponía atrayéndose la animadversión de una nación tan fuerte y tan despiadada como Inglaterra.

El regalo del venerable anciano había de contrastar necesariamente con los de los demás soberanos; Kruger ha regalado á Guillermina un dedal, que aun siendo un objeto de gran mérito artístico, resulta modesta ofrenda, comparada con las preciosas joyas

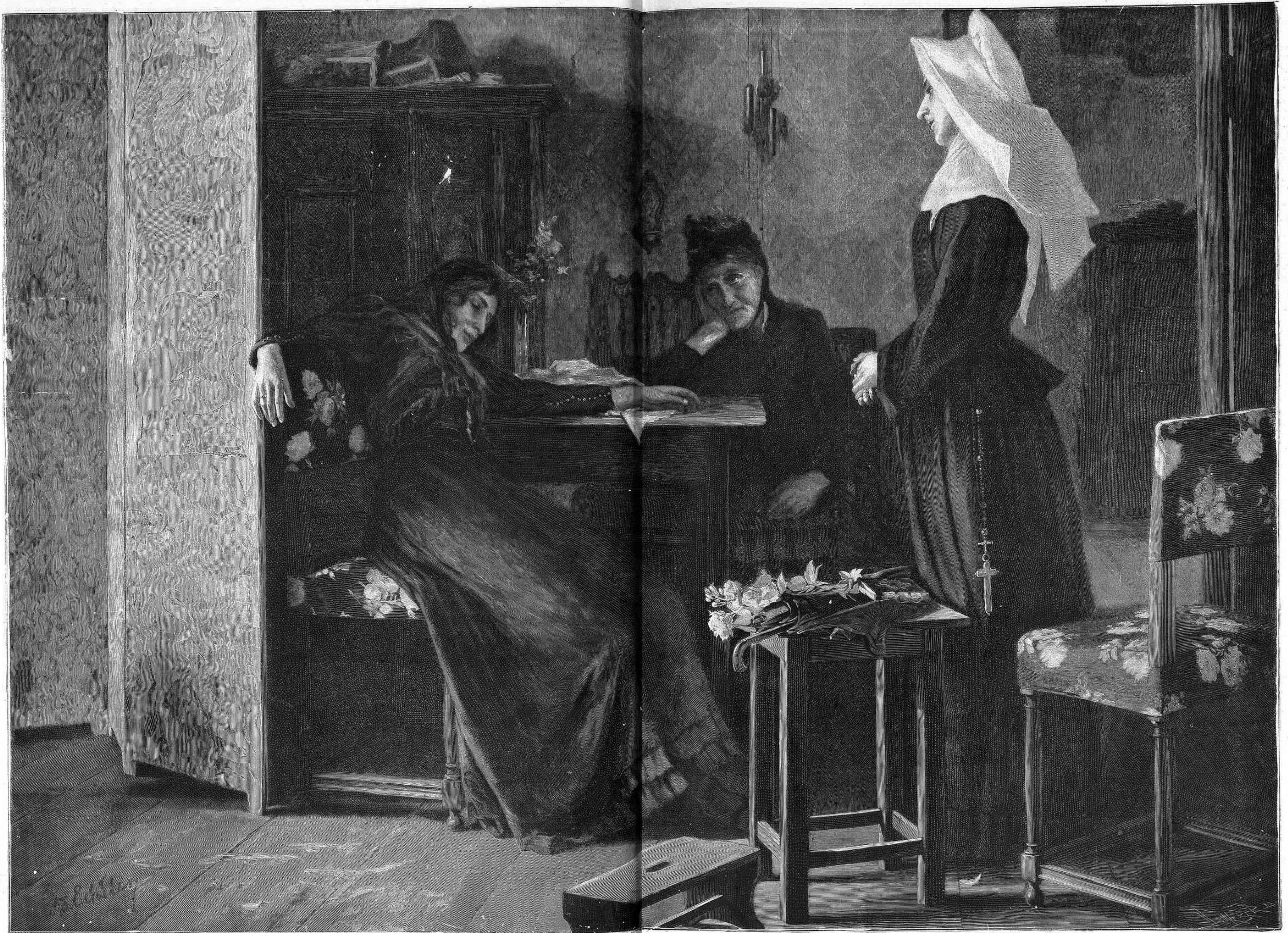
nar á un soberano y la garantía más segura de que gobernará paternalmente á sus súbditos.

El dedal, que el adjunto grabado reproduce, es obra del artífice parisiense M. Vernon y ostenta bellísimamente cincelada una alegoría de la costura, representada por seis bustos de muchachas delicadamente modelados, en los que se admiran tanto la expresión de los rostros y de las actitudes cuanto la sobriedad y la sencillez con que el artista ha sabido dar forma á su poético pensamiento y hacer de un objeto vulgar una obra de arte.. - X.



En la venta, cuadro de Ricardo Brugada





VISITA DE PÉSAME, CUADRO DE ADOLFO ECHTLER



NUESTROS GRABADOS

**S. A. R. la princesa de Asturias. D. Carlos de Borbón.**—El asunto de la boda de la princesa de Asturias ha dado lugar á discusiones un tanto apasionadas en nuestro Parlamento antes y después de conocido el mensaje en que Su Majestad la reina regente ponía en conocimiento de las Cortes el proyectado matrimonio de su augusta hija con D. Carlos de Borbón. De cuanto sobre este particular se ha dicho en el Congreso se desprende evidentemente que en este enlace para nada ha intervenido la razón de Estado y si únicamente los impulsos de dos corazones; esta circunstancia hace que vean con poca simpatía esta boda los que todavía creen que á la razón citada debe supeditarse todo; pero en cambio es para los futuros esposos la más firme garantía de su felicidad, y ante esta consideración pierden su importancia los reparos que á esta unión puedan oponer aquellos que al conceder á las personas reales todos los derechos, pretenden negarles precisamente el que tiene el último de sus súbditos, el que decide de la dicha de toda una existencia.

S. A. R. la princesa doña María de las Mercedes nació en Madrid en 11 de septiembre de 1880, y por su belleza, por su distinción, por su bondad y por su talento se ha conquistado generales simpatías.

El prometido de S. A. es, como hemos dicho, D. Carlos de Borbón, hijo segundo del conde de Caserta y sobrino del ex rey de Nápoles Francisco II, y está, por consiguiente, emparentado con la familia real española, pues su abuelo, Fernando II de las Dos Sicilias, era hermano de la reina doña María Cristina, bisabuela de la princesa de Asturias. Siendo aún muy joven vino á España, en donde se ha educado ingresando en la Academia de Artillería, y entrando, una vez terminados sus estudios, en el cuerpo de Estado Mayor, en el que tiene el grado de capitán honorario. En 1893 marchó voluntariamente á Melilla para tomar parte en aquella campaña, y más tarde tomó parte también en la de Cuba. Cuantos le conocen y le tratan afirman que es de agradable trato, excelentes costumbres, clara inteligencia y brillante instrucción.



S. A. R. LA PRINCESA DE ASTURIAS  
(de fotografía de Valentín Gómez, de Madrid)



D. CARLOS DE BORBÓN  
futuro esposo de S. A. R. la Princesa de Asturias

fomentando en aquella capital los estudios de derecho canónico de tal modo, que el pueblo dió el nombre de «Colegio de Maese Rodrigo» al de Santa María de Jesús, en que tales estudios se hacían. Entre las muchas é importantes obras que dejó escritas citaremos *Manual de Visitadores*, *Historia Oriental*, *Tratado de la inmortalidad del alma*, *Arte de bien morir* y *Del modo de bien vivir en la religión cristiana*.

La Universidad de Sevilla, para honrar la memoria del fun-

**Venecia. — Pescadoras de almejas, cuadro de Rafael Senet.**—Rafael Senet, al igual de sus paisanos Parladé y García Ramos, continúa las tradiciones de la escuela sevillana, dando muestra de ser inteligente colorista en los diversos géneros que cultiva. Desde su permanencia en Roma se han avalorado sus aptitudes, debiendo á Italia, adonde le condujo su afán de estudiar los grandes maestros, su desenvolvimiento artístico. Sevilla puede envanecerse de contar á Senet en el número de sus distinguidos artistas, con mayor motivo cuando éste, á pesar de residir en extranjero suelo, dedica á su patria constantes recuerdos, trasladando al lienzo, embellecidos con los tonos de su brillante paleta, los tipos sevillanos, su purísimo cielo y su fresca y espléndida vegetación. El bonito cuadro que damos á conocer á nuestros lectores ha de estimarse como un estudio de la poética ciudad de las lagunas, que tanto interés ofrece para el artista.

MISCELÁNEA

**Teatros. — París.** — Se han estrenado con buen éxito: en el Odeón *Chateau historique*, comedia en tres actos de Alejandro Bisson y Berr de Turique; en el Ambigu, *L'autre France*, drama en cinco actos y ocho cuadros de Pedro Decourcelle y Hugues Le Roux; en el Chatelet *Le petit Chaperon Rouge*, comedia de magia en tres actos y treinta cuadros de Ernesto Blum, Pablo Ferrier y Pedro Decourcelle; en Variedades *Mademoiselle George*, comedia opereta en tres actos de V. Cottens y P. Weber, música

de P. Varney, y en los Bufos *Le Roi Dagobert*, opereta bufá en tres actos de Octavio Pradels y L. Raboteau, música de Mario Lambert.

**Barcelona.** — En el Liceo se ha cantado la ópera *La Walkiria*, en cuya ejecución han obtenido muchos y muy merecidos aplausos las Sras. Ehrenstein, Gabbi y Borishoff, y los señores Grani y Gnacarini, así como el maestro Mascheroni, que ha concertado y dirigido admirablemente la hermosa partitura de Wagner. En el propio teatro se ha estrenado la ópera de Mascagni *Iris*, que no ha sido del agrado del público.

**Necrología.** — Han fallecido:

Guillermo Leibl, uno de los más eminentes pintores alemanes contemporáneos, á quien sus compatriotas denominaban «el Holbein moderno.»

Dr. Ollier, eminente cirujano francés, profesor de la Clínica quirúrgica de Lyon, miembro de las academias de París, Berlín, Londres, Moscou y Viena.

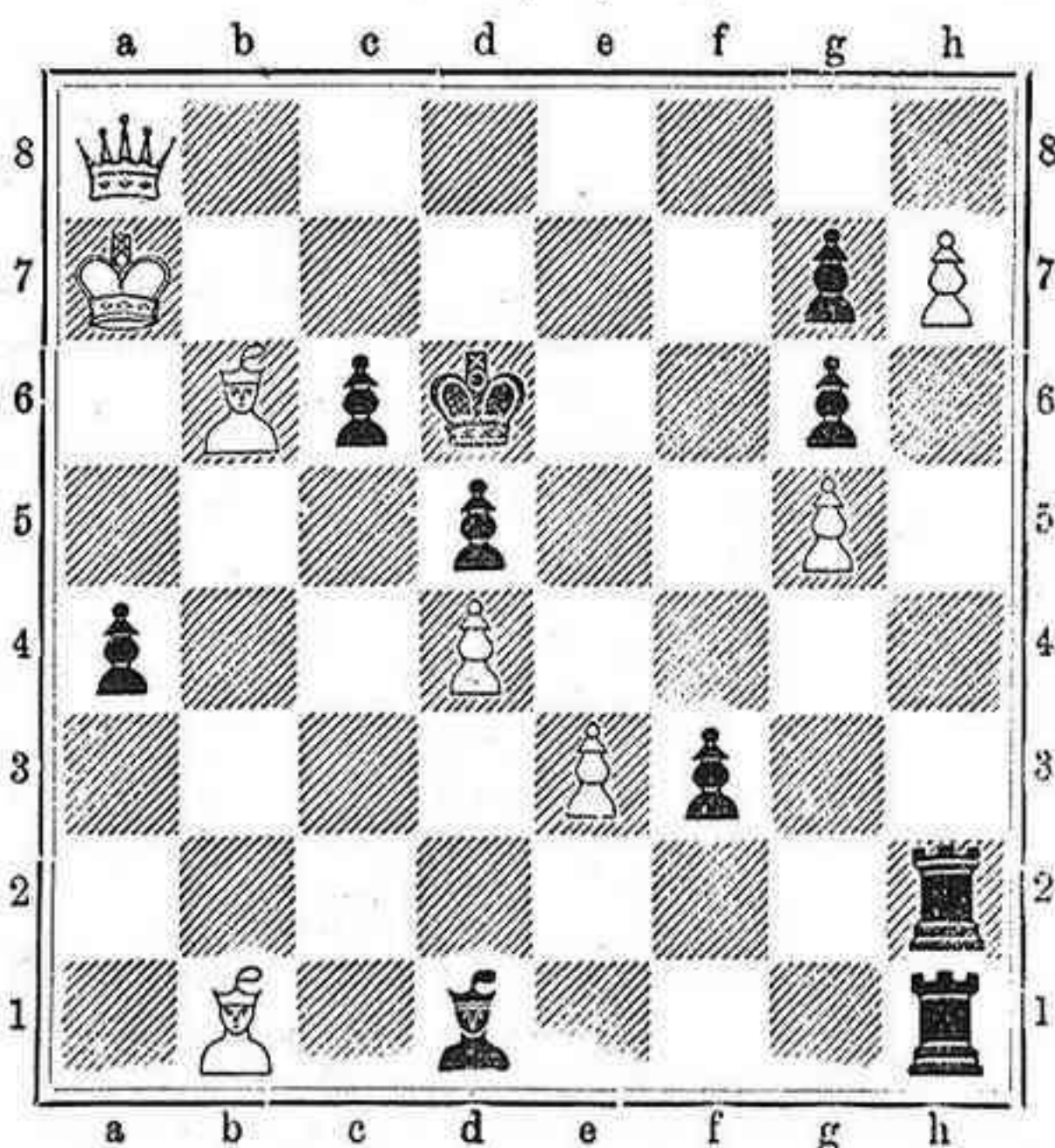
Oscar Wilde, el famoso poeta inglés que hace seis años fué condenado por los tribunales de Londres á consecuencia de un proceso ruidosísimo.

Antonio Seitz, celebrado pintor de género alemán y profesor y miembro honorario de la Academia de Bellas Artes de Munich.

Las numerosas personas que emplean la **CREMA SIMÓN** han adoptado asimismo los **POLVOS DE ARROZ** y el **JABÓN** á la **CREMA SIMÓN**.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 223, POR KOHIZ Y KOCKELKORN  
NEGRAS (10 piezas)



BLANCAS 8 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 222, POR K. ERLIN

- Blancas. Negras.
- 1. g8-d8. Cualquiera.
- 2. P, D ó A mate.

Para tener un precioso cutis y una piel suave como raso, usad sólo la verdadera **AGUA GORLIER** y los **POLVOS DE ARROZ LA FAVORITA**.



MONUMENTO Á MAESE RODRIGO DE SANTAELLA recientemente inaugurado en Sevilla, obra de J. Bilbao (de fotografía de César Huerta)

**Monumento á Rodrigo de Santaella, recientemente inaugurado en Sevilla, obra de Joaquín Bilbao.**—Rodrigo Fernández de Santaella, más conocido con el nombre de Maese Rodrigo de Santaella, nació en Carmona (Sevilla) y floreció á fines del siglo xv. Obtuvo en el Colegio Español de Bolonia los títulos de maestro de Arte y Teología, y vivió en Roma bajo los pontificados de Sixto IV é Inocencio III, ganando justa reputación, ya por la excelencia y profundidad de su doctrina, ya por las oraciones pronunciadas á presencia de los citados pontífices, con las que acreditó sus grandes conocimientos en las cosas eclesiásticas. De regreso en España fué protonotario apostólico y canónigo de la catedral de Sevilla,

dador de aquel colegio, ha erigido en uno de sus patios un sencillo y artístico monumento á Maese Rodrigo de Santaella, obra del celebrado escultor Joaquín Bilbao. La inauguración, celebrada el día 10 de diciembre último, ha sido un acto solemnísimos: en la cámara rectoral organizóse la procesión cívica, de la que formaban parte las autoridades, corporaciones, centros de enseñanza, academias, cuerpo consular, etc., y se dirigió al Paraninfo, donde el ex rector y catedrático de Literatura, señor marqués de Campo Ameno, pronunció un elocuente discurso, al que siguió otro del actual rector Sr. Leraña. Trasladada la comitiva al patio, se descubrió la estatua, y el señor arzobispo dirigió algunas palabras á la concurrencia, enalteciendo la fiesta, elogiando las virtudes de Maese Rodrigo, aplaudiendo á cuantos habían contribuido á la brillantez de la obra y animando á la juventud al estudio. La lectura del acta de la inauguración por el secretario de la Universidad puso fin á la ceremonia, que resultó digna del levantado pensamiento que la motivara.

La estatua del monumento es digna de la justa fama de que goza su autor, Joaquín Bilbao, por la simplicidad y severidad de ejecución que armonizan con el carácter del monumento y del lugar en que éste se levanta. Ha sido fundida en Barcelona en los talleres de los Sres. Masriera y Campins.

**Rifeño, acuarela de Fernando Cabrera.**—Conocido es ventajosamente el nombre de este artista. En su ejecutoria figura en primer término su condición de discípulo predilecto de Plasencia y la de ser el laureado autor del cuadro titulado *Los huérfanos*; que tantos aplausos mereció en la exposición en que se exhibió y que hoy forma parte del Museo Municipal de Barcelona. No hemos, pues, de hacer constar nuevamente los merecimientos de este artista, de quien varias veces nos hemos ocupado con singular interés, limitándonos á llamar la atención de nuestros lectores respecto de la bellísima acuarela que reproducimos, que ha de juzgarse como un excelente estudio digno de la fama de su autor.

**En la venta, cuadro de Ricardo Brugada.**—Otra nueva muestra de la influencia que en Ricardo Brugada ejerce la hermosa reina del Guadalquivir nos ofrece el cuadro que reproducimos. Trasladada su residencia á Sevilla, procura el laborioso artista á que nos referimos pasar al lienzo cuanto le impresiona, y retrata el modo de ser de aquel pueblo que tantos atractivos ofrece, singularmente para el pintor que halla medio y ancho campo para vencer dificultades y exponer la brillante coloración, distintiva de los países meridionales. El cuadro cuya copia figura en estas páginas reproduce con fidelidad una escena esencialmente andaluza, avalorada, sin embargo, por el buen gusto y habilidad del artista, quien ha sabido disponer las figuras y la coloración de tal suerte, que interesa por el encanto que produce.

**Visita de pésame, cuadro de Adolfo Echter.**—El notable pintor alemán autor de este cuadro dedícase especialmente á reproducir escenas de la vida moderna, sobre todo aquellas que encierran un asunto dramático, y fuerza es convenir en que para trasladarlas al lienzo posee un espíritu de observación que le permite apreciar en su justo valor los elementos que las integran y en su paleta los tonos más apropiados para exteriorizar estos elementos, dándoles todo el valor que han de tener. Véase en prueba de ello *Visita de pésame*, obra bajo todos conceptos bellísima, en la que nada falta para expresar la idea y los sentimientos del artista y nada sobra que pueda distraer la atención desviándola de la impresión que el pintor quiso producir. En las figuras que en la composición entran se reflejan las distintas emociones que experimenta cada una de ellas: el dolor intenso de la joven viuda, la profunda compasión de la amiga anciana, la cristiana resignación de la religiosa, están admirablemente expresados. Echter ha sabido encarnar en ellas tres estados de alma altamente interesantes, y el efecto que en esta parte psicológica del cuadro ha obtenido hállase avalorado por las bellezas técnicas de una ejecución que descubre la mano de un maestro.





CAPITULO PRIMERO

HONG-KONG

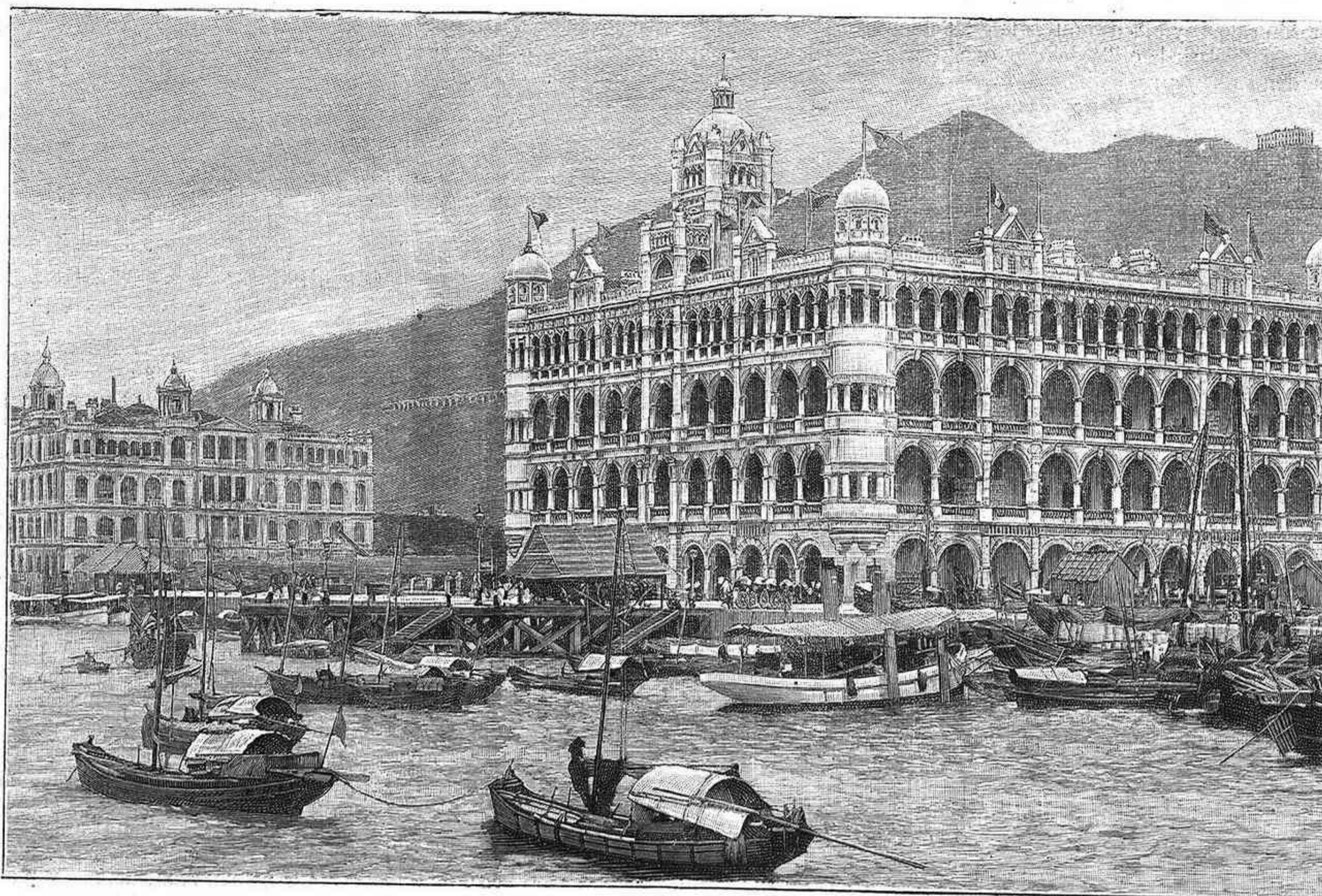
La primera impresión que nos produjo Hong-Kong, cuando procedentes de la India posterior y después de varios días de viaje penetramos en el puerto de ese famoso emporio inglés del Asia oriental, distó mucho de ser agradable. La mañana era húmeda y fría, el mar estaba agitado, las nubes cubrían las cimas de las montañas, cuya altura varía entre dos mil y cuatro mil pies y que cierran la bahía de Hong-Kong, y sólo veíamos los macizos palacios de granito de varios pisos que en forma de anfiteatro se levantan en las abruptas colinas, y la extensa superficie de agua que el viento azotaba y en la cual se balanceaban innumerables vapores, juncos y sampanes. A cosa de medio kilómetro de la costa echamos anclas, é inmediatamente vióse nuestro buque rodeado de una multitud de pequeños botes chinos cuyos tripulantes medio desnudos nos ofrecían sus servicios á voz en grito y armando una algarabía espantosa. De no ser por ellos, nos habríamos podido creer en Portsmouth ó en Plymouth, tan esencialmente inglesa se nos presentaba Hong-Kong en aquella nebulosa mañana. Mientras vacilábamos en confiar nuestras

Una vez desembarcados en el muelle de Peddar Street, Hong-Kong nos pareció todavía más inglesa que nos pareciera vista desde el mar. Delante de nosotros extendíase una calle recta, limitada á ambos lados por altísimas casas de comercio inglesas; á la izquierda, en una esquina, el inmenso hotel inglés en que habíamos de hospedarnos; á la derecha, una casa de correos inglesa; en el centro, en el punto de intersección con otra calle llamada naturalmente *Queen Street* (calle de la Reina), un campanario inglés amacotado, y en todas las tiendas rótulos en inglés redactados: *English Pharmacy, English boock Store, Public House, Drinking Bar, Gin, Brandy | England for ever!*

¡Qué desencanto! ¡Cuando tanto habíamos saboreado en las islas de la Sonda, en Malacca, en Siam, en el Cambodje, la pintoresca y heterogénea magnificencia del mundo malayo! ¡Cuando tanto nos habíamos regocijado con la idea de la China y tanto habíamos soñado con las pagodas y con los templos de Buda! En vez de esto, aquella capital de provincia inglesa nos ofrecía las insubstantialidades y las porquerías que encontramos en la vida ordinaria. En el hotel de Hong-Kong, la cocina inglesa era pésima, por sus amplios corredores los ratones corrían y la mayoría de los cuartos estaban desocupados. No fué

dispensaron los alemanes de Hong-Kong fué fría, y ninguno de ellos nos invitó á su casa, ni se ofreció á presentarnos en el club, etc. De todos modos, entregamos las cartas, y cumplido este deber de cortesía, nos consideramos libres de todo compromiso y pudimos dedicarnos á ver á nuestro antojo cuanto aquella ciudad encierra de interesante.

Y entonces comprendimos que todo es interesante en aquella capital. Hong-Kong es la puerta de ingreso en el poderoso imperio chino, el prólogo escrito en inglés de ese libro cerrado con siete sellos que se llama China y la mejor introducción del mismo. Pero es al mismo tiempo uno de los más colosales monumentos del espíritu emprendedor británico, que en el espacio de cincuenta años ha convertido aquella desnuda isla granítica en uno de los más importantes puertos comerciales del mundo. Aún viven en Hong-Kong pescadores chinos que se acuerdan del primer barco inglés que arribó á su rocosa isla solitaria y olvidada por los dioses. Sucedió esto en 1845; hoy aquella isla es un verdadero paraíso; en su lado Norte extiéndese en una longitud de unos seis kilómetros una capital con 300.000 habitantes, y su inmensa bahía de 20 kilómetros cuadrados alberga cada año 36.000 buques con un total de seis ó siete millones de toneladas. Diariamente entran en aquel puerto



EL HOTEL DE HONG-KONG Y EL CLUB DE HONG-KONG

personas á aquellas lanchitas chinas, estando como estaba el mar alborotado, y nos extrañábamos de la sensible falta de puentes en un puerto de tanta importancia, acercóse felizmente para los pocos pasajeros que en el buque íbamos una pequeña barcaza de vapor que en tres cuartos de hora nos condujo á tierra.

mejor la impresión que nos causaron en nuestros primeros paseos aquellas casas de comercio, inglesas y alemanas, para las cuales llevábamos cartas de recomendación. Así como en Singapore, en Colombo, en Bangkok, en Batavia, etc., habíamos sido recibidos cordial y hospitalariamente, la acogida que nos

por término medio cien embarcaciones y otras tantas salen despachadas para todos los países del viejo y del nuevo mundo; y el comercio que se hace en aquella colonia, la más pequeña de todas las inglesas, alcanza anualmente la cifra de cerca de mil millones de marcos (1.250 millones de pesetas).



En Hong Kong encuéntrase el viajero sorprendido de una parte por las increíbles aptitudes del puñado de ingleses allí residentes, y de otra por la extraña civilización china que por doquiera se advierte y que por la masa de sus adeptos parece que amenaza oprimir al elemento inglés cuando, por el contrario, es por éste fácilmente dirigida y dominada. Únicamente en la pequeña porción de Hong-Kong antes mencionada, ó sea alrededor de Peddar Street, presenta la ciudad provinciana inglesa un aspecto desagradable. La pesada y maciza arquitectura de las casas, el contraste que ofrecen con los *bungalows* rodeados de verandas de Singapore y Colombo, tienen su razón de ser. Hong Kong está por desgracia situada en medio de la peor región de los *taifunes*, y estas terribles tempestades derribarían en un periquete los edificios, techos y verandas de construcción ligera. La ciudad ha experimentado ya varias veces los efectos de tales borrascas: en 1874, por ejemplo, un taifún destruyó en cosa de media hora más de mil casas y causó más de mil muertes. De aquí aquellas arcadas de piedra en vez de las aéreas verandas; de aquí los sólidos postigos de hierro ó de madera con que se cierran las ventanas en cuanto suenan los tres temidos cañonazos que dispara en señal de alarma el observatorio de los taifunes instalado en la frontera península de Kowloon.

Asomado á una ventana del quinto piso del antes citado hotel, contemplaba yo á la mañana siguiente á mi llegada la ciudad de Hong-Kong, y he de confesar que la impresión que entonces me produjo fué mucho más agradable y grandiosa, más conforme con la fama de que disfruta. El sol brillante, cálido, derramaba sus rayos sobre la extensa bahía que, poblada de millares de embarcaciones de toda clase, desde los diminutos «botes pantuflas» hasta los mayores transatlánticos, ofrecía una animación tan grande como no la he visto en ninguno de los puertos que he visitado durante mis veinticinco años de viajes por todos los continentes. Hacia el Norte, al otro lado de la bahía que tiene unas dos millas de ancho, en el continente chino, destacábase una larga línea blanca formada por los almacenes, cuarteles y *hongs* de Kowloon, encerrados dentro de un círculo de magníficos jardines, más arriba de los cuales alzábanse los desnudos, abruptos y cortados montes que forman ya parte del territorio chino. A mis pies extendíase la ciudad de Hong Kong ó de Victoria, que es su verdadero nombre. La escarpada montaña de 600 metros de altura, al pie de la cual está situada la ciudad, no ha permitido á ésta ensancharse gran cosa, y por esta razón sólo hay allí dos ó tres largas calles longitudinales paralelas á la orilla del mar, que en aquel punto se denomina *praya*, limitada á ambos lados por altas casas de granito de varios pisos que en su planta baja tienen arcadas para los viandantes. Multitud de calles transversales conducen desde la *praya* á la montaña, en donde se pierden entre el verdor de los magníficos jardines, en los que crece una vegetación subtropical. Palmeras con sus abanicos que se mecen en movimientos elegantes, bananos con sus gigantes hojas, altas araucarias, cactus y agaves de las más variadas especies, osténtanse en aquellos jardines, y en medio de aquella bellísima flora surgen quintas, palacios é iglesias con elevadas torres, y en la cima del *Peak* (pico), puesta en un elevado mástil, ondea la bandera inglesa. Pocos puertos del mundo pueden ciertamente compararse con Hong-Kong en punto á belleza y grandiosidad; Río Janeiro, San Francisco y Nápoles son tal vez los únicos con los cuales cabe establecer una comparación. Por su situación, aquella capital me recordó algo Génova, y el puerto con su orgulloso *Peak* trájome á la memoria Gibraltar; Kowloon es su Algeciras. Y en efecto, ¿acaso Hong Kong no es el Gibraltar de China? El *Peak*, que con sus estribaciones y pequeñas islas adyacentes domina la entrada por mar hacia el Sur del territorio chino, está, lo mismo que el *Djebel-al-Tarik*, considerablemente fortificado y cubierto de cañones; además, una verdadera escuadra se halla al cuidado de Hong Kong, y en los tres vastos cuarteles de la ciudad se alojan algunos miles de soldados de línea ingleses. Un hecho demuestra la grandísima importancia que Inglaterra concede á este puesto avanzado del extremo Oriente, y es el de haber gastado 20 millones de marcos (25 millones de pesetas) en su fortificación, además de lo cual aquella colonia, compuesta de unos pocos millares de europeos, contribuye anualmente con más de tres millones de marcos para obras de defensa. Bajo la protección de los cañones y de las bayonetas inglesas de Hong-Kong, ha adquirido el inmenso desarrollo que hoy tiene el comercio, no sólo el inglés, sino que también el de otros Estados de Europa, especialmente el de Alemania, y de ello debemos dar gracias á Inglaterra, porque sin Hong-

Kong jamás habría podido extenderse como se ha extendido el comercio alemán, que allí es casi tan considerable como el inglés. La bandera inglesa ha protegido también á los comerciantes alemanes, y bien puede decirse que Inglaterra ha sacado del fuego chino las castañas, no solamente para sí, sino además para las otras naciones. Es más; hasta los chinos han de estar agradecidos á Inglaterra, ya que más de 300.000 hijos del Imperio del Medio han encontrado en aquel pedazo de territorio inglés refugio, seguridad, justicia, sustento y aun fortuna. La inmensa mayoría de ellos se han hecho súbditos leales de la reina Victoria, y el día del cumpleaños de esta soberana lo celebran los chinos de Hong-Kong tan solemnemente como los ingleses.

Los chinos constituyen la parte más numerosa y notable de aquella colonia, en la cual figuran gentes de todas las naciones de Europa, americanos, malayos, japoneses, indios, árabes, etc. Todos los ciudadanos asiáticos de Hong Kong han conservado sus pintorescos trajes nacionales, de modo que paseando por la calle principal de la ciudad, *Queen Street*, puede estudiarse, por decirlo así, un mapa etnográfico viviente. Sólo la *Peddar Street* es esencialmente inglesa; pero si se sale del hotel de Hong-Kong por la puerta que da á la *Queen Street*, encuéntrase uno en pleno tráfico internacional, entre *parisis* con sus gorros adornados con bordados negros, malayos con sus *sarongs* á modo de delantales, árabes con sus blancos albornoces, japoneses con sus batas de *Kimono*, é indios con sus grandes turbantes. Una parte de los polizontes de Hong-Kong se compone de gigantes indios, y los colonos europeos de la ciudad tienen para su seguridad personal un regimiento de *sikhs*, que si bien llevan uniforme inglés, no han abandonado el puntiagudo gorro rojo. Y en medio de estas gentes se ven soldados ingleses, highlanders escoceses con las pantorrillas al aire y las túnicas de cuadros y marineros de buques de guerra de todas las naciones. Allí se oyen los idiomas más distintos y se ven los más diferentes modos de saludarse; pero el marco en que este cuadro se encierra, las calles, las casas, las instituciones municipales, todo es inglés, lo cual aumenta la extrañeza de la impresión que aquel espectáculo produce.

Hasta los chinos viven en casas de varios pisos. Puesto el viajero en la calle de la Reina, le bastará andar unos centenares de pasos, desde el sitio en que se levanta el campanario y hacia el Este ó el Oeste, para encontrarse en pleno barrio chino. En la parte inglesa de aquella calle cosmopolita sólo se ven chinos *compradores*, es decir, empleados en las distintas casas de comercio; también se encuentran allí magníficos almacenes pertenecientes á chinos, cuyos propietarios pertenecen á las clases más acomodadas, á juzgar por sus trajes de seda, por su excelente calzado y por los indispensables anteojos que sobre la nariz ostentan. Fuera de esto, vense allí únicamente *culis* al servicio de los blancos, *barrenderos*, *rickshaw-boys* y *mozos* de sillas de manos. El tráfico rodado es imposible en las empinadas calles de Hong Kong; pero aun en las pocas calles llanas lo sería también, dado el increíble movimiento de peatones que durante todo el día en ellas reina. Ese tráfico está substituído por el *rickshaw* japonés, vehículo de mano tirado por un culi, de los que hay gran número en todas las esquinas formando largas filas. Apenas asoma por la puerta de su casa algún europeo, vese acosado por los *rickshaw-culis*, de aspecto salvaje y en verano medio desnudos, que le ofrecen sus servicios al precio de cinco centavos (unos quince céntimos de peseta) por cada media hora. Si el solicitado acepta sus servicios y se confía á uno de estos animales humanos de tiro, en cuanto ha dado la dirección del sitio adonde quiere que lo lleven, el culi echa á correr como una flecha tirando del cochecito, y después de pasear al pasajero por multitud de calles, acaba por pararse delante de una casa cualquiera, la que primero se le antoja y que tal vez dista una hora de aquella que le había sido designada. Los extranjeros que visitan Hong-Kong ignoran que la mayoría de estos culis no saben una palabra de inglés y están acostumbrados á que el pasajero, tocándoles con el bastón de paseo á la derecha ó á la izquierda, les guíe silenciosamente, como gufa el cochero á sus caballos con las riendas. Para evitar tales inconvenientes, lo mejor es entrar en cualquier almacén y suplicar al dueño del mismo que indique al *rickshaw-culi* en chino las señas del sitio que se desea: el que no lo hace así se expone á que el culi lo pasee horas y más horas por la ciudad sin rumbo fijo.

Mejor se va en las sillas de manos, que son los vehículos con preferencia usados por los europeos de Hong-Kong. Cada familia, cada comercio, cada hotel tiene su «caballeriza» de culis propia y varias

sillas de manos, algunas de ellas dispuestas con mucho lujo. Estos culis particulares llevan uniforme, que consiste en camisa azul y pantalones también azules con franja blanca, ó blancos con franjas encarnadas, y ostentan á veces diversos adornos, círculos, cuadrados, monogramas, que los propietarios de las sillas hacen coser en el delantero y en la espalda de los uniformes de sus culis. Cuánto más rico ó más ilustre es el ciudadano, mayor es el número de sus *chair-culis*; pero generalmente las sillas de manos son conducidas por dos ó cuatro de éstos. Las de alquiler, que se encuentran en las esquinas, están servidas por dos culis. Los europeos de Hong Kong han tomado de los chinos este sistema de locomoción. En Cantón y en todas las demás ciudades los mandarines civiles y los chinos ricos, sobre todo las chinas, usan literas cerradas de forma especial que descansan sobre cañas de bambú de tres y hasta cuatro metros de largo. En Hong Kong, en lugar de las literas cerradas hay sillas de manos abiertas de rattán tejido, provistas de un pequeño taburete pendiente de unas cuerdas. El pasajero se sienta en la silla y los culis levantan los palos sobre que ésta descansa y echan á correr, con paso ligero y rápido, á razón de veinte centavos (unos sesenta céntimos) por hora. Los hombres son allí más baratos que los animales y facilitan extraordinariamente el tráfico, pues en los calurosos meses de verano el ir á pie, como todo movimiento corporal, produce gran fatiga y copiosos sudores. A este calor responden los trajes enteramente blancos que visten los europeos, hombres y mujeres, desde fines de mayo hasta mediados de septiembre; únicamente llevan trajes oscuros en invierno, que á veces suele ser en extremo frío. En 1892, por ejemplo, las vertientes del *Peak*, que como hemos dicho, tiene una altura de 600 metros, se cubrieron en su mitad superior de nieve y de hielo. En cambio la extensa meseta que en la cima del monte se encuentra es un sitio siempre fresco; de aquí que en la cumbre y en las laderas se haya formado una verdadera ciudad de quintas y hoteles, rodeados de jardines, que atestiguan el bienestar que en Hong-Kong reina y la facilidad con que allí se gana el dinero. Un ferrocarril funicular como los de Suiza pone en comunicación la ciudad mercantil de abajo con ese suburbio residencial en donde viven las familias de los comerciantes, de los altos empleados y oficiales. Cada día ascendía yo en ese ferrocarril que cruza por un verdadero parque, para corresponder á las invitaciones de algún comerciante inglés ó del comandante general de la plaza, hasta que me fuí á vivir definitivamente á la hermosa casa del jefe de la casa Butterfield et Swire, la más poderosa firma mercantil de China. Desde aquella altura gózase de una vista única en su clase que por todos lados se extiende sobre mar y tierra: el cuadro que á mis ojos ofrecían el puerto cubierto por millares de embarcaciones de todas clases iluminadas y las calles de la ciudad con sus largas hileras de colosales faroles de varios colores, no se borrará de mi memoria mientras viva. ¿Qué gran ciudad de 300.000 habitantes tiene á un lado un puerto como aquel y á otro una montaña tan elevada?

Es también interesante y agradable bajar de cuando en cuando á pie á Hong Kong por el camino perfectamente cuidado á cuyos lados se alzan palacios construídos por europeos con dinero chino y se admiran preciosos jardines, entre los cuales sobresalen por su singular belleza los del gobernador y del comandante militar. En el centro de estos dos jardines están las residencias de ambas autoridades, la *Gouvernement House* y la *Headquarter House*, que rivalizan en lujo y elegancia. Junto á ellas extiéndese formando una terraza el delicioso Jardín Botánico, parque público muy propio para punto de reunión de la sociedad más distinguida, á pesar de lo cual sólo encontré en él durante mis paseos á extranjeros deseosos de contemplar aquel vergel que parece creado sobre aquel pelado suelo granítico al conjuro de alguna varita mágica. Fuera de estos visitantes forasteros, sólo se encuentran en aquellos jardines, con tanto cariño y tanto trabajo cuidados por jardineros chinos, niños pálidos y endebles, hijos de blancos ó mestizos, que bajo la vigilancia de niñas chinas ó indias se entretienen en jugar con piedrecitas ó á la pelota. A lo sumo se ven allí algunas damas chinas de la alta sociedad, con sus deformados piecitos algo parecidos á pies de cabras, que se pasean á la sombra de corpulentas coníferas. Los elegantes de la colonia no son aficionados al Jardín Botánico, sino que en días determinados se reúnen en el *Cricket Ground* (campo de cricket), situado junto al City Hall, Casa Consistorial verdaderamente magnífica, para entregarse á aquel juego á los acordes de una banda militar. Se dice de los alemanes que en cuanto se juntan dos en cualquier punto



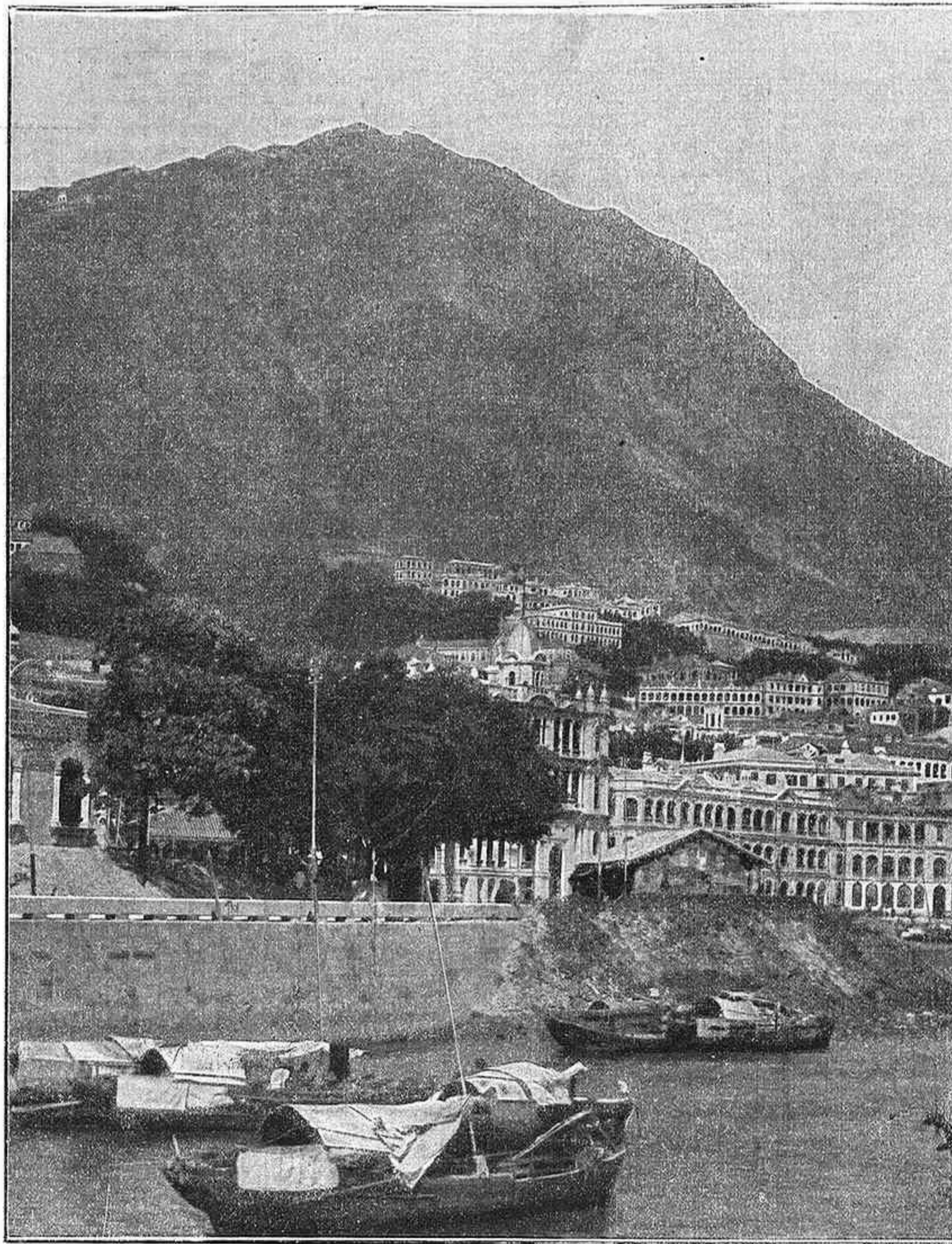
de Asia ó de Africa fundan una sociedad coral; lo mismo puede decirse de los ingleses respecto del cricket. En el *Cricket Ground* de Hong-Kong, el único sitio llano de la ciudad, los *gentlemen* comerciantes y los oficiales de la guarnición se dedican á ese juego con el mismo entusiasmo que si estuvieran en las praderas del bosque de Saint John ó en el Hurlingham Club. Las señoras, resguardadas de los rayos solares por inmensos parasoles y vestidas con los más elegantes trajes, presencian desde sus asientos horas y horas aquel deporte ó toman algún refresco en el bonito pabellón del campo, formando un cuadro que en Londres se ve de continuo, pero que allí, en China, resulta exótico. La sociedad distinguida de Hong-Kong se dirige con preferencia en sus excursiones por los caminos abiertos á fuerza de dinero en las rocas de granito y poblados de coníferas, que conducen al *Happy Valley*, en donde se encuentran los cementerios y el hipódromo. Por aquellos caminos, el Kennedy Road ó el Bowen Road, paséanse por las tardes las señoras en sus sillas de manos, que durante la estación fría están cubiertas de pieles y alfombras; y allí, en aquellos encantadores parques, pasan las horas leyendo ó conversando, mientras los uniformados culis se tienden sobre el césped. Al final de los dos caminos está el valle más extenso de la isla, el «Happy Valley» (valle de la felicidad), así llamado en memoria tal vez de las palabras de Solón á Creso: *Nemo ante mortem beatus*. Y en verdad que los cementerios de Hong Kong son los sitios más hermosos, no sólo de toda la isla, sino de cuantos en China he visto. Setos de bambúes, cuyas cañas alcanzan á veces una altura de 25 metros, rodean aquellas mansiones de los muertos. Cada religión tiene allí su cementerio especial: el primero es el de los mahometanos; luego sigue el de los católicos, cuidado con especial esmero, que encierra suntuosos monumentos; después el de los protestantes, el mayor de todos; un poco más lejos el de los parsis, luego el de los indostanos y finalmente el de los judíos. El de los chinos está en el lado opuesto y se extiende colina arriba. A excepción de este último, todas aquellas necrópolis parecen más bien umbrosos parques cuidadosamente entretenidos, continuación del bosque de palmeras del hipódromo, situado enfrente de los cementerios, en el cual, durante la época de carreras, que se verifican con *ponies* chinos, reina la misma animación que en nuestras capitales europeas.

Un ancho camino de coches conduce desde allí á Hong Kong, siguiendo el puerto, y en el lado del mismo que mira á tierra álzanse multitud de fábricas, talleres de máquinas y cuarteles. También está allí el Hospital Militar, levantado en medio de un jardín, y junto á él el Arsenal de Marina y el grandioso edificio con honores de palacio en donde tienen sus habitaciones los oficiales de la guarnición. Todos los espacios disponibles están ocupados por magnificas construcciones que honrarían á cualquiera gran capital europea. Pero como Hong-Kong adquiere de año en año un engrandecimiento colosal, ha sido preciso ganar al puerto, á lo largo de toda la playa de la ciudad, una ancha faja de tierra, habiéndose hecho ya así delante del hotel de Hong Kong, en donde se ha erigido una gran estatua de la reina Victoria, para la cual no se había encontrado fuera de allí sitio á propósito.

Los buenos europeos que han encontrado una nueva patria en aquel pedazo de territorio chino, saben darse muy buena vida y suplir con sus propios recursos lo que de otro modo no pueden tener, dada la gran distancia que de su patria europea les separa. Sus ingresos son cuantiosos y de fácil ganancia; las horas de trabajo empiezan muy entrada la mañana y terminan á las cinco de la tarde, y únicamente la labor es más larga en los «días de vapor», es decir, en los de entrada ó salida de los vapores correos. Los europeos son los amos de la isla: todos los tra-

bajos corporales están confiados á culis, criados y servidores de toda clase de raza china, y ni al más miserable irlandés le pasaría allí por las mientes ser criado de nadie, ni siquiera del gobernador. Los eu-

espectáculo de la corrupción más asquerosa y de la más espantosa miseria. El gobierno colonial se ha mostrado en este punto demasiado desidioso, y precisamente durante mi estancia en Hong-Kong aquel barrio chino constituía un foco en extremo favorable para la peste bubónica que desde Cantón ibase entonces extendiendo por el Sur de China. Así como en la suntuosa y magnífica capital de Inglaterra, en Londres, hay sitios que pueden ser calificados de vergüenza para la civilización europea, así también junto á la soberbia Hong-Kong europea aparece la Hong Kong china como mansión del vicio con sus madrigueras, garitos y centros de la mayor corrupción, que por desgracia visitan con demasiada frecuencia los marineros de los barcos europeos. En 1894, la administración de la colonia, para dominar la peste bubónica que hacía estragos en aquel barrio, no tuvo más remedio que reducir á cenizas una parte del mismo y derribar y reconstruir otra parte. Pero estas medidas debieran haberse adoptado *a priori*, no *a posteriori*. Desde entonces el comercio de Hong-Kong ha sufrido muchos perjuicios como consecuencia de esa incuria y de esa indiferencia de la administración municipal europea. Durante aquella epidemia, más de 80.000 chinos huyeron de la ciudad apestada, y el número de los que murieron víctimas de la peste elevóse á muchos millares. En mis excursiones por el barrio chino no pude explicarme nunca cómo los hijos del Imperio del Medio pudieron llamar á ese sitio «agua fragante», que tal es el significado del nombre *Hiang-Kiang* con que la designan. La denominación de Hong Kong, aceptada por los europeos, es la equivalente de aquella en el dialecto de Cantón.



HONG-KONG. - Vista del Peak y de una parte de la ciudad

uropeos tienen sus clubs, sus asociaciones, sus sociedades, sus salas de concierto, sus teatros, en los cuales dan funciones de cuando en cuando algunas compañías transeuntes, y han fundado en los bajos de las Casas Consistoriales un rico museo de curiosidades chinas.

La parte europea de Hong-Kong ofrece al viajero menos atractivos que la parte china, en donde se puede admirar, sin necesidad de ulteriores viajes ni de renunciar á las comodidades europeas, la cultura china en todas sus interesantísimas fases. En las tiendas de la Queen Street se venden todos los productos de China, y en ellas pueden adquirirse las más bellas porcelanas, las más preciosas labores de plata, esculturas, telas y bordados; allí puede conocerse el sistema de correos y el sistema de bancos chinos, los antros en donde se fuma el opio y se juega, los teatros, las diversiones de toda clase; allí se ven bodas, procesiones, entierros, fiestas, etc., de los hijos del Celeste Imperio, sin apartarse de la ventana del hotel. Y si el viajero se decide á recorrer la enmarañada red de callejas estrechas y sucias y á visitar las guaridas de la gente de mal vivir, puede hacerlo completamente tranquilo, pues en todas partes encontrará polizontes europeos, indios y chinos que, armados de día con sus bastones y de noche con sus fusiles, cuidarán de su seguridad personal. Los chinos saben esto perfectamente, y aceptan resignados tal situación y hasta sufren sin quejarse los malos tratos á que á veces los someten sus arrogantes amos. He visto en varias ocasiones á estos europeos, sin exceptuar, por desgracia, á los alemanes, dar á los chinos empujones, bastonazos y puntapiés por los más fútiles motivos, á veces por no haberse apartado con bastante ligereza para cederles el paso. Hong-Kong es el punto de reunión de los peores elementos, el refugio de todos los perdidos de Cantón, Swatan, Futchan y otros puertos. Las viviendas ocupadas por los chinos en las altas casas europeas, que se levantan en callejones á veces no más anchos de dos metros, son el colmo de la porquería, y en medio de las mismas calles se ven amontonadas las más apesantantes inmundicias y se contempla el repugnante

CAPÍTULO II

MACAO

Cuantas personas hablaron conmigo en Hong-Kong me aconsejaron que no visitara Macao. Dijéronme de ella que era un lugar viejo, sin interés alguno, que corría rápidamente á una completa ruina; que cuanto pudiera ver en Macao, mucho mejor lo vería en Hong Kong y en Cantón, la ciudad famosa de dos millones de habitantes, y que, por consiguiente, cuantos días á Macao dedicara serían otros tantos días perdidos. Durante algún tiempo, Hong Kong tuvo razones más que suficientes para envidiar á la ciudad portuguesa situada en la desembocadura del río de las Perlas, pero era cuando Hong Kong estaba, por decirlo así, en mantillas, al paso que Macao era el puerto extranjero mayor y más hermoso de China. Pero aquellos tiempos pasaron, y los buenos habitantes de Hong-Kong debieran guardar más amistosa memoria de su rival, decaída de su grandeza, porque delante de los chinos, sobre todo, no es lo más oportuno que europeos de distintas naciones hablen unos de otros tan mal como los de Hong-Kong hablan de los de Macao. Esos antagonismos y esas mezquinas envidias fueron hace ya trescientos años causa de que los chinos se apartaran de compañías tan quisquillosas y se aislaran en absoluto de todos los europeos sin distinción de nacionalidades. Sin unos y otras, tal vez China estaría hace siglos abierta al comercio y al trato europeos.

Sin embargo, todo cuanto en Hong-Kong me dijeron no fué bastante á disuadirme de mi empeño de visitar Macao, porque Macao no es sólo una ciudad en extremo interesante desde el punto de vista histórico, sino que también tiene aún hoy en día innegable importancia. Dondequiera que mis viajes por el Este de Asia me llevaron, desde Singapore y Batavia hasta los territorios septentrionales de Japón y Corea, en todas partes encontré comerciantes que eran portugueses procedentes de Macao.

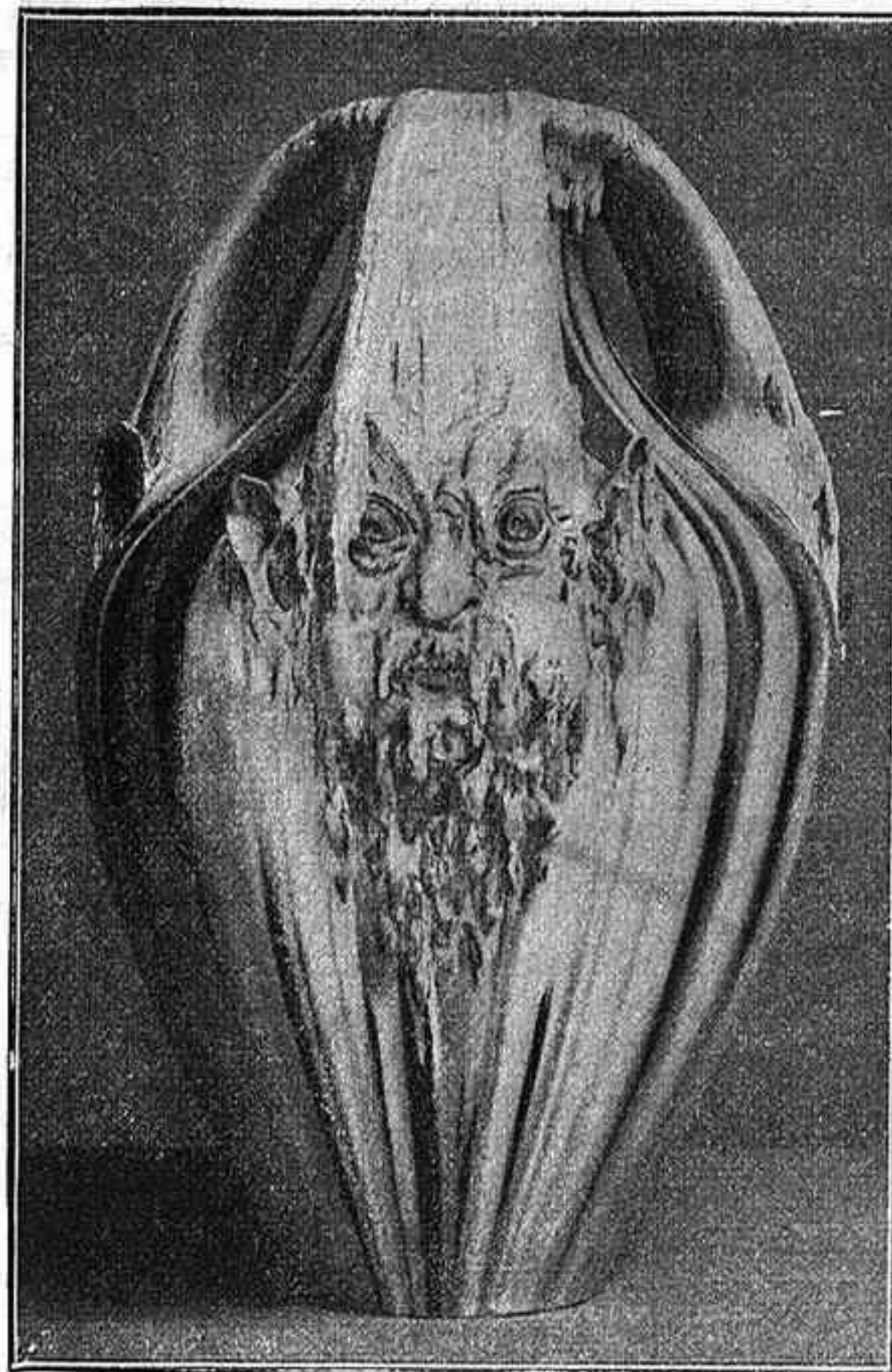
(Continuad)



## INDUSTRIAS ARTÍSTICAS MODERNAS

LAS PORCELANAS DE LA FÁBRICA REAL PRUSIANA DE BERLÍN  
en la Exposición Universal de París de 1900

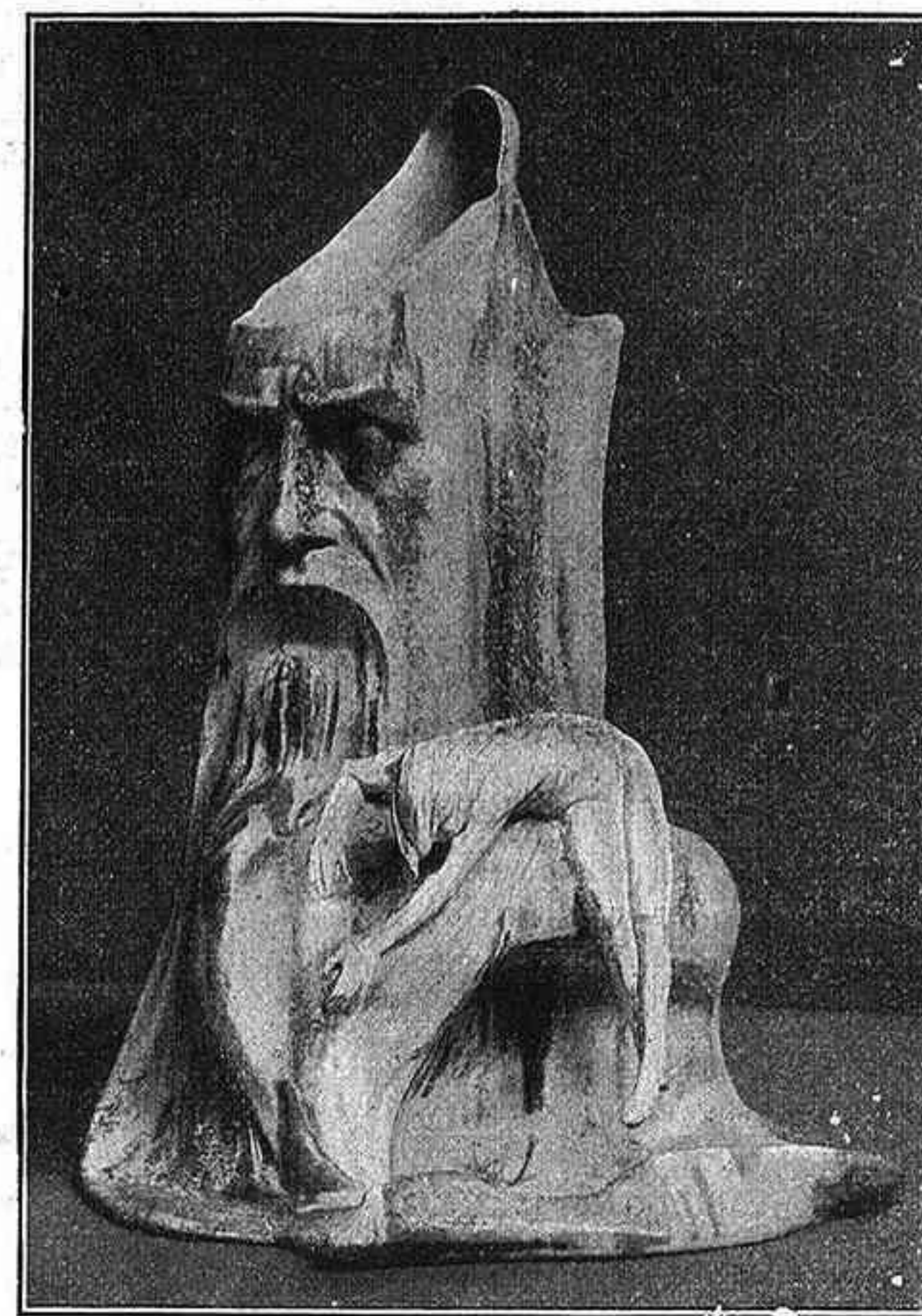
La fábrica real prusiana de porcelanas tenía en la última Exposición de París una instalación en extremo notable. Llamaban en primer término la atención



JARRÓN CON ESMALTES BRILLANTES



JARRÓN CON UNA ALEGORÍA DEL VERANO,  
obra de Carlos Bernewitz



JARRÓN de Francisco Metzger

en ella la grandiosa fuente modelada por el profesor Schley y la pintura en azulejos de porcelana del profesor Kips, alrededor de las cuales agrupábanse los productos artísticos de las más variadas formas y de los más diversos géneros salidos de aquella manufactura, como chimeneas, jarrones de todas clases, vajillas, figuras, grupos, etc. Al que visitaba aquella instalación costábale no poco trabajo orientarse entre aquella profusión de objetos que impedía apreciar debidamente las múltiples bellezas de detalle, y la vista se sentía fatigada ante la monotonía del colorido amarillo de la mayor parte de las piezas y ante la exageración plástica de la parte ornamental. Comparada con las producciones artísticas de las fábricas dinamarquesas y suecas y de la fábrica de Sevres, estas últimas severas, aunque tal vez demasiado académicas, esa afición berlinesa á los adornos parece expresión de un gusto algo bárbaro que creíamos desaparecido.

En realidad, el juicio que haya de emitirse sobre los productos berlineses es puramente una cuestión de gusto, pues por lo que afecta al trabajo técnico nada puede decirse en contra de él, resultando como resulta excelente bajo todos conceptos: no sólo las pastas son de primera calidad sino que, además, es inmejorable la aplicación de los colores y del dorado. La nueva pasta de porcelana inventada por Heinecke tiene una plasticidad que hasta ahora no ha podido conseguir ninguna otra fábrica en la producción de objetos plásticos de gran tamaño. En una palabra, desde el punto de vista técnico los berlineses lo pueden hacer todo, y así lo demostraba ya la pequeña exposición de esmaltes nuevos que hace algunos años se organizó en el Museo de Industrias Artísticas de Berlín; todo parecía entonces conseguido: las imitaciones de los jarrones chinos *sang-de-bœuf* que se confunden con los originales, los esmaltes brillantes de todas clases, las cristalizaciones de diversos matices. Todo esto era excelente trabajo de laboratorio que prometía mucho en todos sentidos, y no es, por consiguiente, de extrañar que en los círculos especialistas esperara todo el mundo que la manufactura de Berlín aprovecharía la ocasión de la Exposición de París para mostrar al mundo entero todas estas perfecciones técnicas enlazadas con una labor artística en armonía con ellas. Pero esto sólo se ha hecho en una medida limitada. Entre los objetos allí expuestos sobresalían los jarrones con esmaltes de colores de algunos jóvenes escultores, especialmente de Francisco Metzger.

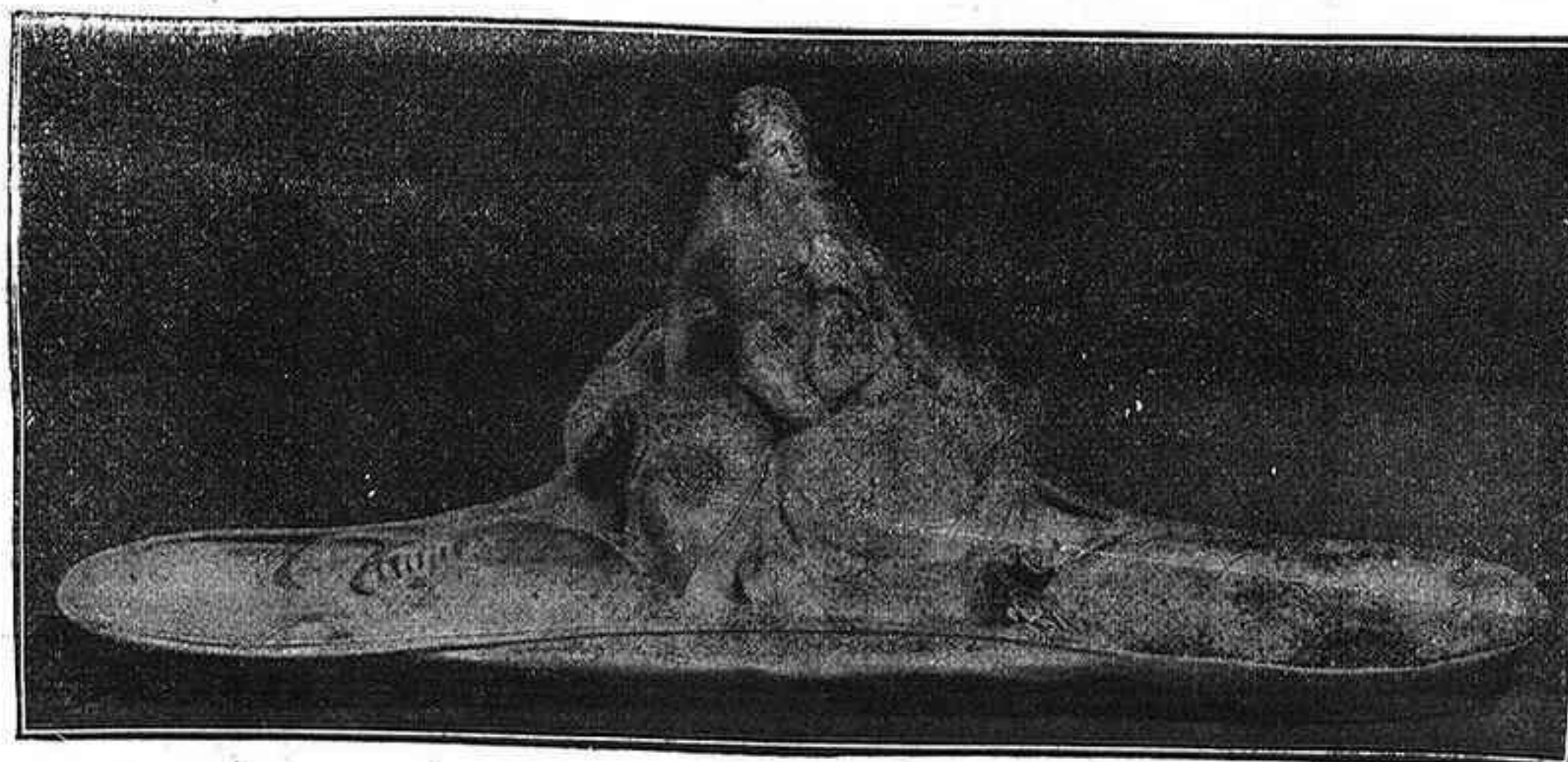
Muchos de estos jarrones, algunos de los cuales reproducimos, respiran frescura y vigor artísticos y de su contemplación se desprende el hecho de que la tendencia á filosofar plásticamente empieza á abrirse paso con alguna fuerza. Estos objetos, entre cuyos autores figuran Schmutzer, Schrodter, Ber-

el accidente á que antes nos referimos. En su enorme recorrido de cerca de 800 kilómetros, llega á dar una velocidad media de 87 kilómetros por hora, sin deducción de las paradas, lo cual supone una marcha de más de 100 kilómetros en muchos trayectos, si bien es verdad que se trata de un tren excepcional desde el punto de vista de la carga y del precio.

Entre otros trenes franceses, podemos citar, por

newitz y el profesor Schley, son los que mejor revelan los progresos de la manufactura berlinesa, y hubiera sido conveniente que hubiesen sido expuestos en sitio más visible y no escondidos detrás de una porción de productos insignificantes ó por lo menos indiferentes, de un estilo ya pasado de moda que no quiere dejar de aburrirnos con su desabrido decorado rococo, con esa ornamentación sin vigor y sin jugo que disfraza su insignificancia bajo un brillante colorido.

Si la instalación de la manufactura berlinesa ha sido objeto de crítica, débese esto á la preponderancia de esos productos que tienen gran salida, pero que ni revelan un carácter personal, ni ofrecen interés alguno artísticamente considerados; de esos objetos cuya eterna reproducción dice muy poco en favor de una importante institución pública que debería marchar al frente de la fabricación cerámica, no solamente desde el punto de vista técnico, sino que también bajo el concepto artístico. — R. GRAUL.



TINTERO de Francisco Metzger

## LA VELOCIDAD DE LOS TRENES

Aunque continuamente se publican datos acerca de este asunto, como cada vez se ponen en circulación trenes más acelerados para responder á las necesidades de la vida moderna, y como, por otra parte, ha ocurrido muy recientemente un accidente terrible que algunos han querido atribuir á una marcha demasiado rápida, no deja de ser interesante consignar en pocas palabras los resultados á que en los principales países se llega en la actualidad.

Entre los trenes rápidos del mundo, el más acelerado quizás y seguramente el más rápido de todos los que en Europa circulan es el tren franco-español denominado el *Sud-Express*, el mismo en que ocurrió

ejemplo, el tren de lujo de París á Burdeos, que efectúa el recorrido de 585 kilómetros en 6 horas 25 minutos, con deducción de los 17 minutos de parada. Aun deducido este tiempo, resulta siempre una velocidad media de 91 kilómetros y más por hora.

En Alemania, en donde los trenes rápidos y expresos son muy numerosos en una misma línea, encontramos en la de Berlín á Hamburgo un tren cuya velocidad media, deducidas las paradas, es de 81 kilómetros y otros varios que se acercan á esta cifra. Según datos que tomamos de la revista *Zeitung des Vereins*, en la línea de Berlín á Colonia hay como particularmente interesantes el *Nord-Express* y luego un tren de 1.ª y 2.ª clase, cuya velocidad media, hecha deducción de las paradas, es de 69,8 kilómetros. Es digno de notar que en esta línea de Colonia circula un número realmente considerable de trenes expresos, uno de los cuales lleva coches de las tres clases y admite pasajeros sin ninguna restricción de recorrido, lo que no impide que corra con una velocidad media de 64,5 kilómetros, deducidas las paradas.

Al hablar de Inglaterra hemos de hacer constar ante todo que las compañías inglesas que aseguran las relaciones de Londres con Escocia ponen en circulación diariamente de 17 á 19 expresos. Citaremos en primer término el tren que sale de la estación metropolitana de King's-Cross para Edimburgo y que en este recorrido de 633 kilómetros emplea sólo 7 horas 45 minutos, según los horarios, por supuesto, porque sabido es que los trenes, aun los más rápidos, sufren á menudo algunos retrasos. El *Great Northern*, que es el tren á que nos referimos, da en tal caso (deducidas las paradas) una velocidad media de unos 85 kilómetros por hora. En el *North-Western*, la velocidad máxima es de 83

kilómetros por término medio; en las compañías llamadas «*Middland*» y «*Great Western*,» es de unos 79.

Enumeraremos también algunas cifras á propósito de los trenes americanos, que siempre son citados como modelos de velocidad. Podríamos mencionar el expreso de la línea «*Philadelphie and Reading Railroad*,» que entre Camden y Atlantic City corre con una velocidad media de 107 kilómetros por hora: esta velocidad es verdaderamente enorme; pero hay que tener en cuenta que no se trata de un recorrido de larga duración, puesto que el trayecto total se efectúa en 50 minutos. Como tren realmente comparable con los trenes á larga distancia que hemos citado en diversos países, señalaremos el llamado *Empire State Express*, que recorre el trayecto de



Nueva York á Buffalo en 8 horas 7 minutos, con deducción de paradas, lo cual corresponde á una velocidad de 87'3 kilómetros, término medio.

Es de notar, sin embargo, para formarse concepto exacto de lo que son los ferrocarriles americanos, que los otros cinco expresos que circulan por la misma línea tienen horarios mucho más lentos y que el *Empire State Express* no admite carga propiamente dicha.

La cuestión sería ahora saber si las velocidades que han de llevar los trenes en ciertos puntos del recorrido para obtener tales velocidades medias no son peligrosas, por lo menos con las máquinas de movimientos alternativos que todavía se emplean. — D. B.



LAVANDERAS EN GUADALCANAL, cuadro de José Pinelo

LAVANDERAS

EN GUADALCANAL, cuadro de José Pinelo

José Pinelo forma parte de esa pleiade de artistas sevillanos que reivindican en el glorioso período del renacimiento artístico peninsular el buen nombre de aquella escuela y sus excelentes tradiciones. Si las obras que ha producido no bastaran para atestiguar sus aptitudes para el arte que cultiva, demostraríanlas desde luego los premios y recompensas alcanzados en varios concursos. A semejanza de las obras de sus paisanos, distingúense sus cuadros por su carácter marcadamente andaluz, ya que sus asuntos son exacta reproducción de tipos y costumbres meridionales. De ahí que Pinelo, saturado su espíritu por el agradable ambiente de los cármenes y de los añosos bosques, arranca de su paleta combinaciones de color, de que tan gallarda muestra ha dado en el lienzo que reproducimos, copia de un cuadro observado en su actual residencia de Guadalcanal.

MEDALLAS + LONDRES 1862 + PARIS 1889 + AMBERES 1894 +  
**DE LOS DE APIOL DE LOS DE JORET Y HOMOLLE** REGULARIZAN LOS MENSTRUOS  
 EVITAN DOLORES, RETARDOS,  
 DEPOSITO GENERAL FARMACIA BRIANT PARIS 150 R. RIVOLI Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

### Jarabe Laroze

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Desde hace más de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curación de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestión y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

**JARABE al Bromuro de Potasio**

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Es el remedio más eficaz para combatir las enfermedades del corazón, la epilepsia, histeria, migraña, baile de St.-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la dentición; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.

Fábrica, Expediciones: J.-P. LAROZE & C<sup>o</sup>, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.  
 Depósito en todas las principales Boticas y Droguerías

contra las diversas Afecciones del Corazón, Hydropesias, Tos nerviosas, Bronquitis, Asma, etc.

**JARABE DE Digital de LABELONYE**

Empleado con el mejor éxito

El más eficaz de los Ferruginos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.

**Grazeas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ**

Aprobadas por la Academia de Medicina de París.

**Bergotina y Grazeas de BERGOTINA BONJEAN**

Medalla de Oro de la S<sup>o</sup> de F<sup>o</sup> de París

HEMOSTÁTICO el más P<sup>o</sup>BEROSJ que se conoce, en poción ó en inyección ipodérmica. Las Grazeas hacen más fácil el labor del parto y detienen las pérdidas.

LABELONYE y C<sup>o</sup>, 99, Calle de Aboukir, París, y en todas las farmacias.

## APIOLINA CHAPOTEAUT

### SALUD DE LAS SEÑORAS

(NO CONFUNDIRLA CON EL APIOL)

Es el más enérgico de los emenagogos que se conocen y el preferido por el cuerpo médico. Regulariza el flujo mensual, corta los retrasos y supresiones así como los dolores y cólicos que suelen coincidir con las épocas, y comprometen á menudo la salud de las Señoras.

PARIS, 8, rue Vivienne, y en todas las Farmacias

## AGUA LÉCHELLE

HEMOSTÁTICA

Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los *Espútos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

## VINO AROUD

### CARNE-QUINA-HIERRO

MEDICAMENTO-ALIMENTO, el más poderoso **REGENERADOR** prescrito por los Médicos.

Este Vino, con base de vino generoso de Andalucía, preparado con jugo de carne y las cortezas más ricas de quina, en virtud de su asociación con el hierro es un auxiliar precioso en los casos de: *Clorosis*, *Anemia profunda*, *Menstruaciones dolorosas*, *Calenturas de las Colonias*, *Malaria*, etc.

172, Rue Richelieu, París, y en todas farmacias del extranjero.

**ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD** Curadas por el Verdadero **HIERRO QUEVENNE** Único aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de éxito.

AVISO Á LAS SEÑORAS

**EL APIOL DE LOS DE JORET Y HOMOLLE**

CURA LOS DOLORES, RETARDOS, SUPRESIONES DE LOS MENSTRUOS

F<sup>o</sup> BRIANT 150 R. RIVOLI PARIS Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

**PÍLDORAS BLANCARD**

con Yoduro de Hierro inalterable Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc. Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO Exijase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

**PÍLDORAS BLANCARD**

con Yoduro de Hierro inalterable Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc. Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO Exijase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

**PÍLDORAS BLANCARD**

con Yoduro de Hierro inalterable Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc. Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO Exijase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

EN TODA CLASE de VÓMITOS y DIARREAS y en toda clase de indisposiciones del tubo digestivo. EMPLEAR los SALICILATOS de VIVAS PÉREZ

adoptados de R. O. por los Ministerios de Marina y de Guerra. LOS RECOMIENDAN INDISCUTIBLES AUTORIDADES MÉDICAS

CELEBRAN CON ENTUSIASMO SUS EFECTOS CUANTOS LOS USARON PÍDANSE EN TODAS LAS FARMACIAS Y DROGUERIAS DEL MUNDO Son falsas todas las cajas que no lleven en el prospecto inscripción transparente con los nombres del medicamento y del autor.





VENECIA. - Pescadoras de almejas, cuadro de Rafael Senet

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA dirijanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, Paseo de Gracia, 168, Barcelona

**PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL**  
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES  
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL  
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.  
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

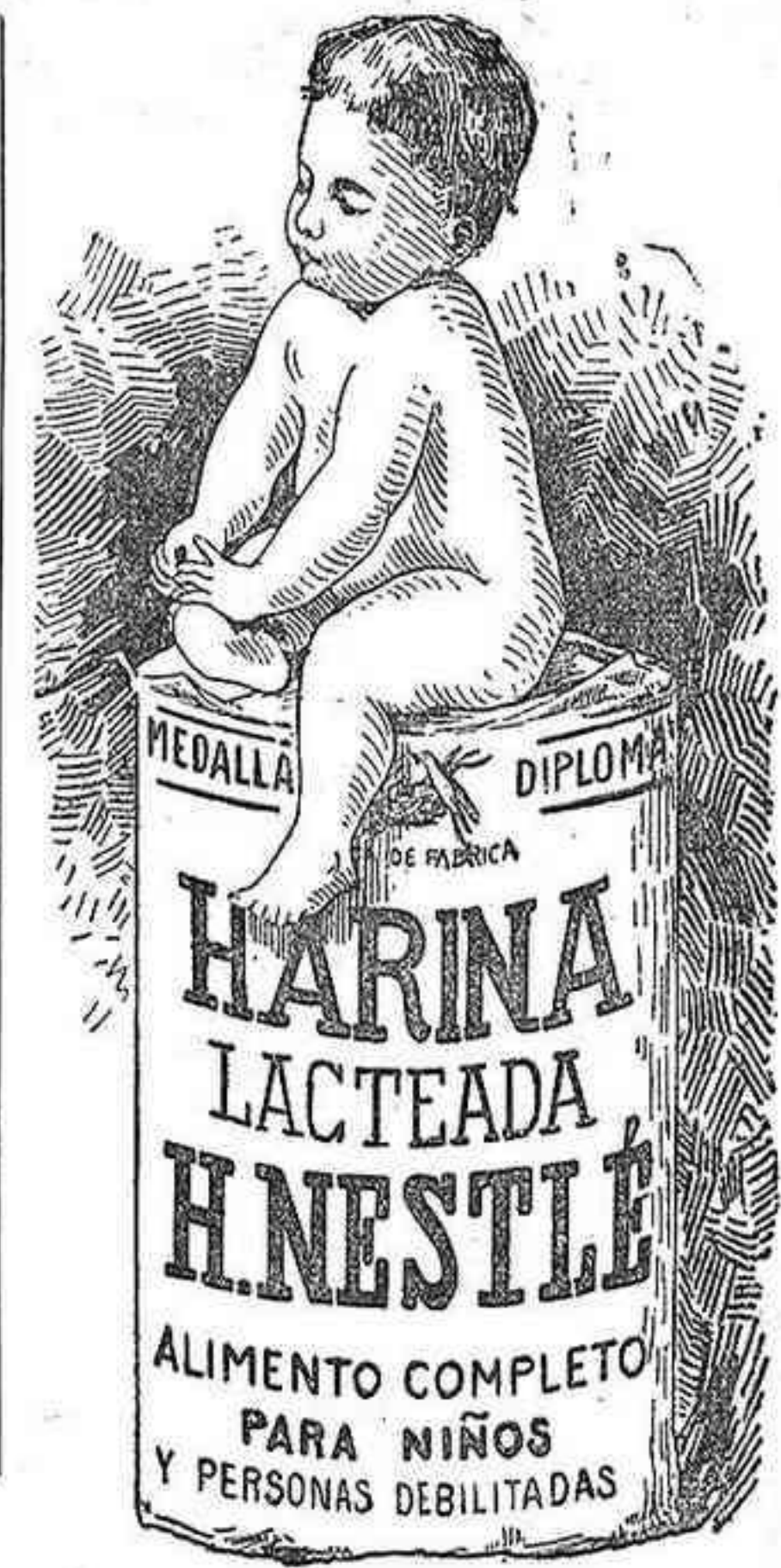
**FUMOUZE-ALBESPEVRES**  
 78, Faub. Saint-Denis  
 PARIS  
 y en todas las Farmacias.

**JARABE DE DENTITION**  
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER.  
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTITION.  
 EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS  
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

**PAPEL WLINSI** Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc.*, 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.  
 Exigir la Firma WLINSI.  
 DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

**EL APIOL** de los Dres **JORET y HOMOLLE** regulariza los **MESTRUOS**

**GARGANTA VOZ y BOCA**  
**PASTILLAS DE DETHAN**  
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emisión de la voz.— Precio : 12 REALES.  
 Exigir en el rotulo a firma Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS



Las Personas que conocen las **PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT DE PARIS**  
*no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.*

**PANCREATINA DEFRESNE**  
 POLVO PILDORAS  
 Adoptada por la Armada y los Hospitales de Paris.  
**DIGESTIVO** el más poderoso el más completo  
 Digiere no solo la carne, sino tambien la grasa, el pan y los ferulentos.  
 La PANCREATINA DEFRESNE previene las afecciones del estómago y facilita siempre la digestión. En todas las buenas Farmacias de España.

**ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO**  
**PASTILLAS y POLVOS PATERSON**  
 con BISMUTHO y MAGNESIA  
 Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digesiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.  
 Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD. Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

**ENFERMEDADES del ESTOMAGO**  
**Pepsina Boudault**  
 Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA PREMIO DEL INSTITUTO AL D'ORVISART, EN 1856  
 Medallas en las Exposiciones internacionales de PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS 1847 1872 1873 1876 1878  
 SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS **DISPEPSIAS GASTRITIS - GASTRALGIAS DIGESTION LENTAS Y PENOSAS FALTA DE APETITO Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION**  
 BAJO LA FORMA DE **ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT VINO de PEPSINA BOUDAULT POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT**  
 PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine y en las principales farmacias.

**PATE ÉPILATOIRE DUSSER** destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILVORE DUSSER**, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN